



# nosotras

*que nos queremos tanto...*

REVISTA FEMINISTA

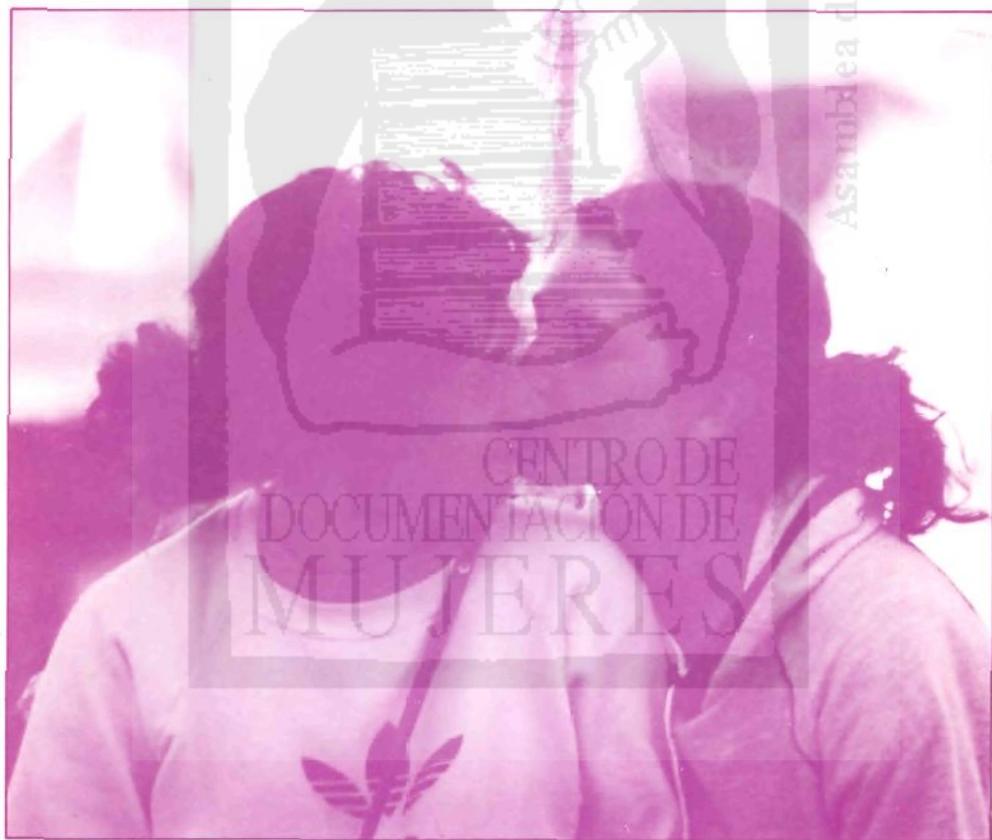
Edita: Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid (C.F.L.M. Apdo. 16 108)

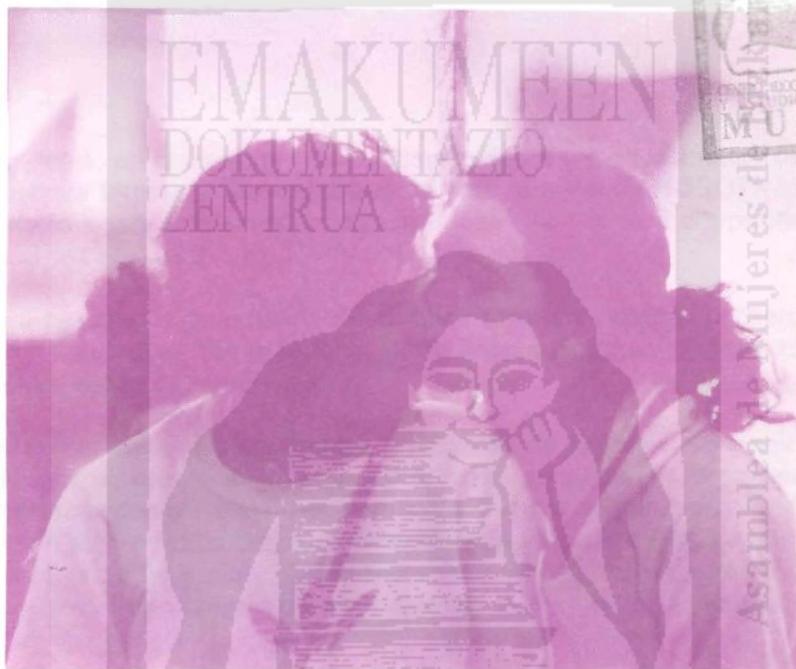
N.º 3 NOVIEMBRE 1985

## HETEROSEXUALIDAD OBLIGATORIA Y EXISTENCIA LESBIANA

EMAKUMEEN  
ZENTRUA

Asamblea de Mujeres de Euzkai





## INDICE

	<i>Página</i>
PRESENTACION .....	3
HETEROSEXUALIDAD OBLIGATORIA Y EXISTENCIA LESBIANA .....	5
NOTAS ACLARATORIAS (*) .....	35

# Presentación

Siguiendo en la línea de profundización sobre temas lesbianos desde una perspectiva feminista, presentamos en este número de NOSOTRAS un trabajo de la poeta y ensayista norteamericana Adrienne Rich, publicado por primera vez en 1980.

La autora, en este artículo, desmitifica todo un discurso patriarcal sobre nuestra sexualidad que, a lo largo del tiempo y el espacio, tanto ha pesado —y pesa— sobre nuestras vidas.

Partiendo de una gran riqueza y variedad de fuentes, Adrienne Rich va elaborando un retrato minucioso y detallado de lo que ella considera uno de los instrumentos clave del poder masculino para seguir imponiendo y conservando su control sobre nuestra existencia y nuestra historia. Desde esta perspectiva, la heterosexualidad femenina se nos muestra no ya como «la opción sexual mayoritaria de las mujeres», sino como una institución política y coercitiva.

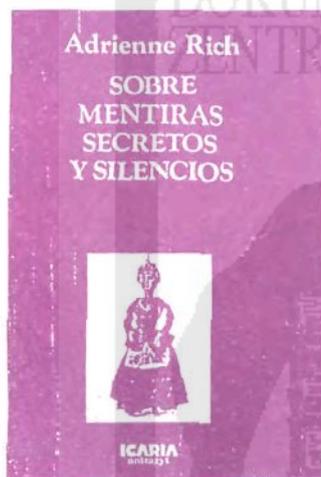
En este sentido hace una llamada hacia la ampliación y profundización teórica sobre esta institución «que nos lleve más allá de los casos individuales o de un grupo, hasta una perspectiva compleja que desate el nudo del poder sexista, el cual se ha convertido en modelo para otras formas de explotación y control ilegítimo».

EMAKUMEEN  
DOCUMENTAZIO  
CENTRO DE  
DOCUMENTACIÓN DE  
MUJERES

Bizkaia

Asociación de Mujeres

# HETEROSEXUALIDAD OBLIGATORIA Y EXISTENCIA LESBIANA



## DATOS BIOGRAFICOS

A ADRIENNE RICH le concedieron en 1974, por su libro *Diving Into The Wreck*, el Premio Nacional del Libro. Pero ella rechazó recibirlo en solitario. Para ese premio habían sido nomina-das otras dos mujeres, Audre Lord y Alice Walker, y sólo lo aceptó cuando consiguió que les fuera dado a las tres juntas. Además, las tres hicieron luego una declaración pública y por escrito en la que aceptaban el premio *en nombre de todas las mujeres*. En la declaración conjunta dicen:

«Aceptamos el premio en nombre de todas aquellas mujeres cuyas voces no han sido ni son escuchadas en un mundo patriarcal y en nombre de aquellas que, como nosotras, han sido toleradas como mujeres “mues-tra” en esta cultura, muchas veces pagando un precio muy alto y sufrien-do grandes penas... Nos reunimos simbólicamente aquí para rechazar las bases de la competencia patriarcal y declaramos que compartiremos el premio entre nosotras y lo utilizaremos de la mejor forma posible para las mujeres... Dedicamos esta ocasión a la lucha de las mujeres por su auto-liberación, su autodeterminación, no importa qué color, clase social o identificación tengan».

Adrienne Rich nació el 16 de Mayo de 1929 en Baltimore, estado de Maryland, en Estados Unidos. Realizó sus estudios universitarios en Radcliff College, Cambridge, de 1947 a 1951, año en el que obtuvo el Premio de Poesía de la Universidad de Yale por su libro «*A Change of World*» que fue publicado.

Ha enseñado literatura y lengua en diversas universidades norteamerica-nas.

Hacia 1968 inicia sus actividades en la lucha por los derechos de los negros y, más tarde, en 1971, empieza a identificarse con el Movimiento Feminista radical.

«Biológicamente, los hombres sólo tienen una orientación innata —ésta es sexual y dirigida hacia las mujeres— mientras que, por otro lado, las mujeres tienen dos orientaciones, una sexual y otra reproductiva, dirigida a la procreación de hijos». (1)

«Yo fui una mujer terriblemente vulnerable, crítica, que usaba su cualidad de ser hembra como una especie de baremo o metro para medir y descartar hombres. Sí, algo así. Fui una Anna que se ofreció a la derrota en manos de los hombres sin ser nunca consciente de ello (pero ahora lo soy, y ser consciente de ello quiere decir que lo dejaré todo tras de mí y me transformaré... pero, ¿en qué?). Estuve estancada en una emoción común a las mujeres de nuestro tiempo, una emoción que a una le puede volver amarga, lesbiana o solitaria. Sí, aquella Anna, en aquel tiempo, era...» (2)

Esta predisposición a la heterosexualidad obligatoria, a través de la cual se percibe la experiencia lesbiana en una gama que se extiende desde lo desviado hasta lo repugnante, o se la hace simplemente invisible, podría ilustrarse con muchos textos además de los dos anteriores. El supuesto de Rossi, según el cual las mujeres están orientadas sexualmente de forma innata hacia los hombres, o el de Lessing de que la elección lesbiana no es más que una representación de recelo hacia los hombres, no son, de ningún modo, exclusivos de las autoras, sino supuestos de amplia difusión en la literatura y en las ciencias sociales.

---

En su primer número (Autumn 1975) *Signs: Journal of Women in Culture and Society* publicó el ahora clásico artículo de Corroll Smith Rosenberg «The Female World of Love and Ritual: Relations Between Women in Nineteenth Century America». El verano siguiente apareció «The Social Relations of the Sexes: Methodological Implications of Women History» (*Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol.1 no. 4 [summer 1976]) de Joan Kelly. Ambos artículos, cada uno a su modo, me han servido como punto de partida para gran parte de mi pensamiento en este ensayo. También estoy realmente en deuda con el creciente cuerpo de investigación lesbiana de otras revistas incluidos los artículos «Female Support Networks and Female Activism» de Blanche W. Cook, *Chrysalis* no. 3 (1977): 43 - 61; y «This Infinity of Conscious Pain: Zora Neale Hurston and the Black Female Literary Tradition» de Lorraine Bethel, una conferencia dada en el Harlem Studio Museum, Mayo 1978 que está por ser publicada en *Black Women Studies*, ed. Gloria Hull, Elaine Bell Scott y Barbara Smith (Old Westbury, N.Y.: Feminist Press, 1980); con varios libros publicados en los últimos años: Kathleen Barry, *Female Sexual Slavery* (Englewoods Cliffs, N.J.: Prentice Hall, Inc., 1979); Mary Daly, *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism* (Boston: Beacon Press, 1978); Susan Griffin, *Woman and Nature: The Roaring inside Her* (New York: Harper Row, 1978); Diana Russel y Nicole van de Ven, eds, *Proceeding of the International Tribunal on Crimes against Women* (Milbrae, California: Les Femmes, 1976); y con la tesis doctoral en sociología de Susan Cavin, «Lesbian Origins: An Historical and Cross-Cultural Analysis of Sex Rations, Females Sexuality and Homo-sexual Segregation versus Hetero-sexual Integration Patterns in Relation to the Liberation of Women» (Ph. D. diss., Rutgers University, 1978).

(1) Alice Rossi, «Children and Work in the Lives of Women» (trabajo presentado en la Universidad de Arizona, Tucson, February 1976).

(2) Doris Lessing, *The Golden Notebook* (New York: Bantam Books [1962] 1977), p. 480.

Tengo interés también en dos temas más: primero, cómo y por qué la opción de las mujeres por otras mujeres como fervientes camaradas, compañeras de trabajo, tribu, ha sido aplastada, invalidada y condenada al secreto y al disimulo; y, segundo, el abandono total, o casi total, en un amplio espectro de escritos, obras feministas|incluidas, de la existencia lesbiana.

Es obvio que existe una conexión. Creo que gran parte de la crítica y de la teoría feminista se encuentra estancada en este punto.

Mi punto de partida es la creencia de que no es suficiente para el pensamiento feminista que existan textos específicamente lesbianos. Cualquier teoría o creación político/cultural que considere la existencia lesbiana como un fenómeno marginal o menos «natural», como mera «preferencia sexual», o como una imagen invertida de relaciones tanto heterosexuales como homosexuales masculinas, se halla profundamente empobrecida, a pesar de cualquiera de sus otras aportaciones. La teoría feminista no puede permitirse más el lujo de la mera expresión de tolerancia hacia el «lesbianismo» en cuanto «modo de vida alternativo» ni de hacer alusiones simbólicas a lesbianas. Hace tiempo que debería haberse hecho una crítica feminista sobre la orientación a la heterosexualidad obligatoria en las mujeres. En este trabajo exploratorio intentaré explicar el porqué.

Empezaré por examinar, a modo de ejemplo, cuatro libros aparecidos en los últimos años escritos desde puntos de vista y orientaciones políticas distintas pero presentados, y favorablemente reseñados, como feministas. (3).

Los cuatro adoptan, como supuesto básico, que las relaciones sociales entre los sexos son confusas y extremadamente problemáticas, cuando no mutiladoras para las mujeres; los cuatro buscan vías hacia el cambio. He aprendido más de algunos de estos libros que de otros, pero hay algo que tengo claro: cada uno podría haber sido más acertado, más convincente, más una verdadera fuerza de cambio, si la autora se hubiese sentido obligada a tratar, o bien la existencia lesbiana como una realidad y una fuente de conocimiento y poder a disposición de las mujeres, o bien la institución de la heterosexualidad en sí misma como terreno de conquista del dominio masculino (4). En ninguno de ellos surge nunca la cuestión de si, en un contexto diferente, o en otro orden de cosas, las mujeres «elegirían» la pareja y el matrimonio heterosexual; se presupone que la heterosexualidad es una «preferencia sexual» de la «mayoría de las mujeres», tanto implícita como explícitamente. En ninguno de estos libros, que se interesan por la maternidad, los roles sexuales, las relaciones afectivas y las normas sociales sobre las mujeres, no se examina nunca la heterosexualidad obligatoria como ins-

(3) Nancy Chorodow, *The Reproduction of Mothering* (Berkeley: University of California Press, 1978); Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and the Human Malaise* (New York: Harper & Row, 1976); Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *For Her Own Good: 150 Years of the Experts Advice to Women* (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., Anchor Press, 1978); Jean Baker Miller, *Toward a New Psychology of Women* (Boston: Beacon Press, 1976).

(4) Podría haber elegido muchos otros libros recientes, serios e influyentes, antologías incluidas, que

titudin de poder que afecta a todas estas conductas; ni se cuestionan, siquiera indirectamente, la idea de «preferencia» u «orientación innata».

Barbara Ehrenreich y Deirdre English profundizan y amplian sus magníficos trabajos *Brujas, Comadronas y Enfermeras: una Historia de Curanderas. Desarreglos y Quejas. La Política Sexual de la Enfermedad* en un libro que constituye un estudio complejo y provocador: *For Her Own Good: 150 Years of the Experts' Advice to Women*. La tesis de este libro es que los consejos que los profesionales de la salud han dado a las mujeres norteamericanas han reproducido los dictados del mercado económico en lo que se refiere al rol de producción y reproducción que el capitalismo ha ido exigiendo a las mujeres. Las mujeres han llegado a ser las víctimas consumidoras de varias clases de tratamientos, terapias y juicios normativos en diferentes períodos (incluyendo la prescripción hecha a las mujeres de clase media de encarnar y preservar la santidad del hogar la «sentimentalización científica» del hogar en sí mismo). Ninguno de los consejos de los «expertos» ha sido ni precisamente científico ni orientado hacia las mujeres; han reflejado necesidades masculinas, fantasías masculinas sobre la mujer e interés masculino en controlar a las mujeres —particularmente en materia de sexualidad y maternidad— junto a los requisitos del capitalismo industrial. Gran parte de este libro es tan devastadoramente informativo, y está escrito con tanta lucidez e ingenio feminista, que hasta esperaba, al leerlo, un examen de la prohibición básica del lesbianismo. Pero nunca llegó.

No puede decirse que esto sea debido a falta de información. En su libro *Gay American History* (5), Jonathan Katz nos dice que, ya en 1656, en la Colonia de New Haven, se dictaba la pena de muerte para las lesbianas. Katz aporta muchos documentos informativos y sugestivos sobre el «tratamiento» (o la tortura) «a lesbianas, por parte de la clase médica, en los siglos XIX y XX». Trabajos recientes de la historiadora Nancy Sahli documentan el incremento de medidas adoptadas en contra de las intensas amistades fe-

---

habrían ilustrado el mismo punto: *Our Bodies Ourselves*, el Best-seller del Boston Women's Health Collective (New York: Simon & Schuster, 1976) que dedica un capítulo entero (e inapropiado) a las lesbianas, pero cuyo mensaje básico es que la heterosexualidad es la preferencia vital de la mayoría de las mujeres; Berenice Carroll, ed, *Liberating Women's History: Theoretical and Critical Essays* (Urbana: University of Illinois Press, 1976), que ni siquiera incluye un ensayo fachada sobre la presencia lesbiana en la historia, aunque en un ensayo de Linda Gordon, Persis Hunt y otros sí se toma nota del uso hecho por historiadores masculinos de la «desviación sexual» como categoría para invalidar y despachar a Anna Howard Shaw, Jane Addams y otras feministas, «Historical Phallacies: Sexism in American Historical Writing»; y Renate Bridenthal y Claudia Koonz, eds, *Becoming Visible: Women in European History* (Boston: Houghton Mifflin Co., 1977) que contiene tres menciones de la homosexualidad masculina pero ningún material que yo haya podido localizar sobre lesbianas. Gerda Lerner, ed., *The Female Experience. An American Documentary* (Indianapolis: Bobbs-Merrill Co., 1977) contiene un resumen de dos ponencias feministas lesbianas del movimiento contemporáneo, pero no contienen ninguna documentación adicional sobre la existencia lesbiana. Sin embargo, Lerner sí que toma nota en su prefacio de cómo se ha utilizado la carga de desviación para fragmentar a las mujeres y desanimar su resistencia. En su libro *Woman's Body, Woman's Right: A Social History of Birth Control in America* (New York: Viking Press, Grossman, 1976) Linda Gordon señala acertadamente que: «No es que el feminismo haya producido más lesbianas. Siempre ha habido muchas lesbianas a pesar de altos niveles de represión; y la mayoría experimentan su preferencia sexual como algo innato» (p. 410).

(5) Jonathan Katz, *Gay American History* (New York: Thomas Y. Crowel Co., 1976).

meninas entre mujeres de internados universitarios en el cambio de siglo (6). El irónico título *For Her Own Good* (por su propio bien) podría haberse referido, primero y sobre todo, a las razones económicas que conducen a la heterosexualidad y al matrimonio y a las sanciones impuestas contra solteras y viudas —las cuales han sido y aún son vistas como desviadas—. Sin embargo, en esta visión global marxista-feminista, a menudo ilustradora de los dictados masculinos sobre la salud física y mental de la mujer, no se examina los aspectos económicos de la imposición de la heterosexualidad (7).

En uno de los tres libros basados en el Psicoanálisis, de los cuatro que he tomado como ejemplo, *Toward New Psychology of Women*, de Jean Baker Miller, la autora escribe como si las lesbianas simplemente no existieran, ni siquiera como seres marginales. Dado el título, esto me resulta asombroso. Sin embargo, las críticas favorables que ha recibido el libro en publicaciones feministas, *Sings* y *Spokeswoman* incluidas, dan a entender que sus suposiciones heterocéntricas son ampliamente compartidas. En *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and the Human Malaise*, Dorothy Dinnerstein esgrime un apasionado argumento a favor del reparto de tareas entre hombre y mujer en el cuidado de los niños y en favor de poner fin a lo que ella ve como la simbiosis masculina/femenina de las «disposiciones entre sexos», que cree que está llevando a la especie, cada vez más, hacia la violencia y la autoextinción. Al margen de otros problemas que veo en este libro (incluidos su silencio sobre el institucionalizado terrorismo arbitrario practicado por los hombres sobre las mujeres —y los niños— a través de la historia, ampliamente documentado por Barry, Daly, Griffin, Russel y van de Ven, y Browmiller (8); y su obsesión por la psicología hasta el punto de pasar por alto realidades económicas y materiales que contribuyen a crear la realidad psicológica), encuentro absolutamente ahistórica su visión de las relaciones entre hombres y mujeres como «colaboración para mantener la historia en una situación demencial». Con esto quiere referirse a la perpetuación de relaciones sociales hostiles, explotadoras y destructivas para la vida misma. Contempla a mujeres y hombres como socios igualitarios en la creación de las «disposiciones sexuales», mostrándose aparentemente inconsciente de las constantes luchas de las mujeres para resistir a la opresión (a la nuestra y a las otras) y cambiar nuestra condición. Ignora concretamente la historia de mujeres —brujas, *femmes seules*, resistentes al matrimonio, «solteronas», viudas independientes y/o lesbianas— que han conseguido, en distintos niveles, no colaborar. Es de esta historia precisamente de la que las feministas tienen tanto que aprender, sobre gran parte de la

---

(6) Nancy Sahli, «Smashing: Women's Relationships before the Fall» en *Chrysalis: A Magazine of Women's Culture* 8 (1979); p. 17-27. Una versión de este artículo fue presentado en la Third Berkshire Conference of The History of Women (Tercer Congreso de los Berkshire sobre la Historia de las Mujeres) del 11 de Junio de 1976.

(7) Este es un libro avalado por mí públicamente. Hoy día lo seguiría avalando, pero con la mencionada reserva. Me he dado cuenta plenamente de la inmensidad de la pregunta no formulada en el libro de Ehrenreich y English al empezar a escribir el presente artículo.

(8) Susan Brownmiller, *Against Our Will: Men, Women and Rape* (New York: Simon & Schuster, 1975).

cual recae un manto de silencio. Al final del libro reconoce que el «separatismo femenino», aunque «en gran extensión y a largo plazo no es práctico», tiene algo que enseñarnos: «En principio, solas, las mujeres podrían intentar aprender desde cero lo que es la humanidad intacta y autocreativa, sin embargo, hasta ahora no lo han hecho por todo lo que significa la presencia de los hombres que les facilitan la vida, evitándoles a ellas esta tarea» (9). Frases como «humanidad intacta autocreativa» oscurecen hacia qué cuestión se han estado dirigiendo de hecho las múltiples formas de separatismo femenino. El hecho es que ha habido mujeres que, en todas las culturas y a lo largo de la historia, han asumido la tarea de una existencia independiente, no heterosexual y conectada con mujeres, en la medida posible de su contexto, a menudo en la creencia de que ellas eran «las únicas» que lo habían hecho. La han asumido, aunque pocas han estado en condiciones económicas de resistirse al matrimonio del todo; aunque las agresiones contra mujeres no casadas han variado desde la calumnia y la burla, hasta el genocidio deliberado, incluyendo la quema y tortura de millones de viudas y «solteras» durante la caza de brujas en la Europa de los siglos XV y XVI y la práctica de suttee \* en las viudas de la India (10).

Nancy Chodorow ha estado muy cerca de reconocer la existencia lesbiana. Como Dinnerstein, Chodorow cree que el hecho de que las mujeres, y sólo las mujeres, sean las responsables del cuidado de los niños en la división sexual del trabajo ha dado lugar a una compleja organización social de desigualdad entre los sexos, y que los hombres, tanto como las mujeres, tienen que asumir los cuidados primarios de los niños para que cambie esta situación. En el proceso de examinar, desde una perspectiva psicoanalítica, cómo la crianza, llevada a cabo por las mujeres, afecta al desarrollo psicológico de los chicos y de las chicas, Chodorow documenta que los hombres son «emocionalmente secundarios» en las vidas de las mujeres, y que «las mujeres tienen un mundo interno continuo y más rico al cual recurrir /.../ los hombres no llegan a ser emocionalmente tan importantes para las mujeres como las mujeres lo son para los hombres» (11). Esto significaría dar por válidas, a finales del siglo XX, las teorías de Smith-Rosenberg sobre la primacía emocional dada en los siglos XVIII y XIX por algunas mujeres a otras. «Emocionalmente importante» puede referirse, por supuesto, tanto a la ira como al amor, o a aquella mezcla intensa de ambos, tan frecuentemente hallada en las relaciones entre mujeres: un aspecto de lo que he llegado a denominar «la doble vida de las mujeres» (véase más adelante). Chodorow llega a la conclusión de que, como las mujeres tienen mujeres por madres, «la madre queda como objeto interno primario para la chica, de modo que sus relaciones heterosexuales siguen el modelo de una segunda relación no exclusiva para ella, mientras que para el chico, tales relaciones reproducen una relación primaria y exclusiva». Según Chodorow, las mujeres «han aprendido a negar las limitaciones de sus amantes masculinos por razones psicológicas y prácticas» (12).

---

(9) Dinnerstein, p. 272.

(10) Daly, ps. 184-85; 144-33.

(11) Chodorow, ps. 197-98.

(12) Ibid., ps. 198-99.

Pero las razones prácticas, (como la quema de brujas, el control masculino de la ley, la Teología y la Ciencia, o la no viabilidad económica dentro de la división sexual del trabajo) son minimizadas y pasadas por alto. La descripción de Chodorow apenas echa un vistazo a los constreñimientos y sanciones que históricamente han impuesto o asegurado el emparejamiento de mujeres con hombres y que han obstruido o penalizado nuestro emparejamiento o alianza en grupos independientes con otras mujeres. La existencia lesbiana queda descartada con el comentario «las relaciones lesbianas tienden a recrear emociones y conexiones madre-hija, pero la mayoría de las mujeres son heterosexuales» (lo cual implica decir: más maduras y desarrolladas más allá de la conexión madre-hija). Y después añade: «Esta preferencia heterosexual y los tabúes en contra de la homosexualidad, además de la objetiva dependencia económica respecto a los hombres, hacen que la elección de lazos sexuales primarios con otras mujeres sea improbable, aunque han proliferado en los últimos años» (13). El significado de la constatación de ese aumento parece sugestivo, sin embargo, la autora no va más allá. ¿Quiere decir que la existencia lesbiana está siendo más visible en los últimos años (en ciertos grupos), que las presiones económicas y de otro tipo han cambiado (bajo el capitalismo, el socialismo o ambos) y, consecuentemente, más mujeres rechazan la «elección» heterosexual? Argumenta que las mujeres quieren hijos porque las relaciones heterosexuales carecen de riqueza e intensidad; que una mujer, al tener un hijo, busca la recreación de su intensa relación con la madre. Parece ser que, sobre la base de sus propias interpretaciones, Chodorow nos lleva implícitamente a concluir que la heterosexualidad *no* es una «preferencia» de las mujeres y que, entre otras cosas, fragmenta lo erótico de lo emocional, fragmentación que es vivida de forma empobrecedora y dolorosa por las mujeres. Aún así, su libro colabora en la imposición de ese modo de vida. Al pasar por alto las socializaciones encubiertas y las fuerzas manifiestas que han canalizado a las mujeres hacia el matrimonio y el idilio heterosexual, presiones que incluyen desde la venta de hijos a la economía post-industrial hasta los silencios de la literatura y las imágenes en la pantalla del televisor, ella, al igual que Dinnerstein, se ve limitada a intentar reformar una institución hecha por hombres —la heterosexualidad obligatoria— como si, a pesar de su constatación de profundos impulsos emocionales y complementariedades que atraen a las mujeres hacia otras mujeres, hubiera una inclinación heterosexual místico-biológica, una «preferencia» o «elección» que atrae a las mujeres hacia los hombres.

Es más, implícitamente, da a entender que ésta «preferencia» no necesita ser explicada, si no es a través de la tortuosa teoría del complejo de Edipo femenino o de la necesidad de la propagación de la especie, y que es la sexualidad lesbiana la que (normal y erróneamente «incluida» bajo la homosexualidad masculina) necesita de una explicación. Este supuesto sobre la heterosexualidad femenina me parece asombroso en sí mismo: es un supuesto demasiado grande para haberse deslizado tan silenciosamente hasta los cimientos de nuestro pensamiento.

La extensión de esta suposición es la tan frecuentemente escuchada afirmación de que, en un mundo de auténtica igualdad, donde los hombres fue-

(13) Ibid., p. 200.

ran cariñosos y no opresores, todo el mundo sería bisexual. Tal noción desdibuja y sentimentaliza las realidades bajo las cuales las mujeres vienen experimentando la sexualidad; es el viejo salto liberal que pasa por encima de las tareas y luchas del aquí y del ahora del constante proceso de definición sexual que generará sus propias posibilidades y opciones. (Asume, además, que las mujeres que han elegido a mujeres lo han hecho simplemente porque los hombres son opresivos y emocionalmente inalcanzables; lo cual, aún admitiéndolo, todavía falla al no dar explicación al hecho de que haya mujeres que siguen manteniendo relaciones con hombres opresivos y/o emocionalmente insatisfactorios). Lo que planteo es que la heterosexualidad, como la maternidad, necesita ser reconocida y estudiada como una *institución política* —incluso, o especialmente, por quienes sientan en su experiencia personal ser los precursores de una nueva relación social entre los sexos.

## II

Si las mujeres son las fuentes primarias de atención física y emocional, tanto para los niños como para las niñas, parecería lógico, por lo menos desde una perspectiva feminista, plantear las siguientes preguntas: la búsqueda de amor y ternura de ambos sexos ¿no nos llevaría originalmente hacia las mujeres, tanto a unas como a otras?; ¿por qué de hecho las mujeres reorientarían dicha búsqueda?; ¿por qué la supervivencia de la especie, los medios de fertilización y las relaciones erótico-emocionales habrán llegado a identificarse tan rígidamente entre sí? y ¿por qué se habrán visto tan necesarias unas restricciones tan violentas para asegurar la lealtad y sumisión emocional y erótica de las mujeres con respecto a los hombres? Dudo que haya un número suficiente de estudiosas y teóricas feministas que se hayan molestado en reconocer las fuerzas sociales que han desgajado, desviándolas de sí mismas y de otras mujeres y valores ginocéntricos, las energías eróticas y emocionales de las mujeres. Estas fuerzas, como intentaré demostrar, van desde la misma esclavitud física hasta enmascarar y distorsionar posibles opciones.

Por mi parte, no doy por hecho que la crianza realizada por mujeres sea «causa suficiente» de la existencia lesbiana. Pero el tema de la crianza de los niños por las mujeres ha sido muy tratado últimamente, normalmente relacionado con la opinión de que un papel más activo de los hombres en la crianza de los niños minimizaría el antagonismo sexual y equilibraría la desigualdad del poder de los hombres respecto a las mujeres. Este discurso se mantiene sin hacer referencia a la heterosexualidad obligatoria como fenómeno y mucho menos como ideología. En este trabajo no pretendo psicologizar sino identificar fuentes de poder masculino. Creo que, de hecho, gran cantidad de hombres podrían encargarse de la crianza de los niños sin alterar radicalmente la balanza del poder masculino en una sociedad androcéntrica.

En su ensayo «The origin of the Family», Kathleen Gough enumera ocho características del poder masculino en sociedades arcaicas y contemporáneas.

neas que desearía utilizar como pauta de trabajo: «capacidad masculina de no permitir a las mujeres el desarrollo de su sexualidad y de imponerles la suya; de disponer y utilizar su trabajo para controlar su producción; de controlar o quitarles los hijos; de confinarlas físicamente e impedirles la libertad de movimiento; de usarlas como objetos en transacciones entre hombres; de limitar su creatividad, o de negarles el acceso a las grandes áreas del conocimiento social y de los logros culturales» (14). (Gough no ve esas características de poder como algo que impone la heterosexualidad, sino como algo que genera la desigualdad sexual). En la siguiente exposición las palabras en bastardilla son de Gough, mientras que lo que aparece entre corchetes, una elaboración de cada categoría, es mía.

Las características del poder masculino incluyen:

### *El Poder de los hombres*

1. *De no permitir a las mujeres [nuestra propia] sexualidad* [a través de la cliterectomía \* e infibulación \*; cinturones de castidad; castigo, incluyendo la muerte, a la sexualidad lesbiana; negación psicoanalítica del clítoris; restricciones contra la masturbación; negación de la sexualidad materna y posmenopáusica; histerectomía \* innecesaria; imágenes pseudolesbianas en los medios de comunicación y la literatura; cierre de archivos y destrucción de documentos relacionados con la existencia lesbiana];
2. *Y de imposición [de la sexualidad masculina] sobre ellas* [por medio de violación (incluida la violación marital) y malos tratos a la esposa; incesto padre-hija, hermano-hermana; el aleccionamiento social de las mujeres para que sientan que el «impulso» sexual masculino equivale a un derecho (15); idealización del idilio heterosexual en el arte, la literatura y los medios de comunicación, la publicidad, etc.; matrimonio infantil; matrimonio concertado; prostitución; el harén; doctrinas psicoanalíticas sobre la frigidez y el orgasmo vaginal; representaciones pornográficas de mujeres respondiendo positivamente a la violencia sexual y a la humillación (con un mensaje subliminal de que la heterosexualidad sádica es más «normal» que la sensualidad entre mujeres)];
3. *de disponer y utilizar su trabajo para controlar su producción* [a través de las instituciones del matrimonio y la maternidad como producción no remunerada; el señuelo de la mujer-símbolo que triunfa profesionalmente; el control masculino del aborto, la contracepción y el parto; la imposición de la esterilización; el proxenetismo; infanticidio femenino, que aparta a las hijas de las madres y contribuye a la generalizada devaluación de las mujeres];

---

(14) Katherleen Gough, «The Origin of the Family» en *Toward an Anthropology of Women*, ed. Rayna [Rapp] Reiter (New York: Monthly Review Press, 1975), ps. 69-70.

(15) Barry, ps. 216-19.

4. *de controlar o quitarles los hijos:*

[Por medio de la patria potestad y del «secuestro legal» (16); esterilización forzada; infanticidio sistemático; confiscación de los hijos a madres lesbianas por los tribunales; la irresponsabilidad de los obstetras masculinos; el uso de madres como instrumentos de tortura (17) en la mutilación genital o en el vendaje de los pies (o la mente) de las hijas para adecuarlas al matrimonio];

5. *de confinarlas físicamente e impedirles la libertad de movimientos:*

[Por medio de la violación como terrorismo, manteniéndolas fuera de la calle; vendándoles los pies; atrofiándoles las capacidades atléticas; alta costura, códigos de vestirse «femeninos»; el velo; acosos sexuales en las calles; segregación horizontal de las mujeres en el trabajo; recetas de «jornada completa» en maternidad; imposición de dependencia económica de las esposas];

6. *de usarlas como objetos en transacciones entre hombres:*

[Uso de las mujeres como «regalos», compra de la novia; proxenetismo; matrimonio concertado; uso de mujeres como animadoras para facilitar acuerdos entre hombres, por ejemplo: esposas-anfitrionas, camareras a las que se les requiere vestirse para la excitación masculina, prostitutas de lujo, geishas, «conejitas», secretarías, kisaeng prostitutas \*...];

7. *de constreñir su creatividad;*

[Cazas de brujas como campañas contra parteras y curanderas y como persecución de mujeres independientes «no integradas» (18); definición de las ocupaciones masculinas como más valiosas que las femeninas en cualquier cultura, de modo que los valores culturales llegan a encarnar la subjetividad masculina; restricción de la autorrealización femenina al matrimonio y la maternidad; explotación sexual de las mujeres por artistas masculinos y profesores; el boicot social y económico de las aspiraciones creativas de las mujeres (19); sustracción de la tradición propia de la mujer (20) ];

8. *de negarles el acceso a extensas áreas del conocimiento social y los logros culturales:*

[A través de la no educación de las mujeres (el 60% de los analfabetos en el mundo son mujeres); el «gran silencio» en la historia y la cultura respecto a la existencia de las mujeres y particularmente de las les-

(16) Anna Demeter, *Legal Kidnapping* (Boston: Beacon Press, 1977) ps. XX, 126-28.

(17) Daly, ps. 132, 139-41, 163-65.

(18) Barbara Ehrenreich y Deidre English, *Witches, Midwives and Nurses: A History of Women Healers* (Old Westbury, N.Y.: Feminist Press, 1973); *Andrea Dworking, Woman Hating* (New York: E.P. Dutton, 1974), ps. 118-54; Daly, ps. 178-222.

(19) Ver Virginia Wolf, *A Room of One's Own* (London: Hogarth Press, 1929), y *Three Guineas* (New York: Harcourt Brace & Co., [1938] 1966; Tillie Olsen, *Silences* (Boston: Delacorte Press, 1978); Michelle Cliff, «The Resonance of Interruption», en *Chrisalys: A Magazine of Women's Culture* 8 (1979) 29-37.

(20) Mary Daly, *Beyond God the Father*, p. 93.

bianas (21); la estereotipación de roles sexuales que aparta a las mujeres de la ciencia, la tecnología y de otras ocupaciones «masculinas»; uniones socioprofesionales que excluyen a las mujeres; discriminación de las mujeres en las profesiones].

Estos son algunos de los métodos que manifiestan y mantienen el poder masculino. Al examinar este esquema lo que llama la atención seguramente es que nos enfrentamos, no a un simple mantenimiento de la desigualdad y la posesión de la propiedad, sino a un penetrante complejo de fuerzas que va desde la brutalidad física hasta el control de la conciencia, y que hace pensar en la existencia de un enorme potencial de fuerzas contrarias que se pretende controlar.

En cuanto a la imposición de la heterosexualidad a las mujeres, algunas de las formas a través de las cuales se manifiesta el poder masculino son más fáciles de reconocer que otras. Sin embargo, cada una de las que he enumerado incrementa el complejo de fuerzas dentro del cual las mujeres han sido convencidas de que el matrimonio y la orientación sexual hacia los hombres son inevitables, a pesar de ser componentes insatisfactorios u opresivos de sus vidas. El cinturón de castidad; el matrimonio infantil; la omisión de la existencia lesbiana (excepto como exótica y perversa) en el arte, la literatura, el cine; la idealización del idilio heterosexual y del matrimonio, son algunas formas bastantes obvias de obligar a las mujeres. Las dos primeras, ejemplo de fuerza física; las segundas, de control de la conciencia. Cuando la cliterectomía ha sido denunciada por las feministas como una forma de tortura hacia las mujeres (22), ha sido Kathleen Barry la primera en señalar que ésta no es simplemente una manera de convertir a la joven en una mujer «casadera» a través de la cirugía brutal, sino que, además, está dirigida a que las mujeres en la proximidad íntima que supone para ellas el matrimonio poligámico no desarrollen entre sí relaciones sexuales; a que —desde una perspectiva masculina genital fetichista— las conexiones eróticas con otras mujeres, incluso en una situación de segregación sexual, sean literalmente extirpadas (23).

La función de la pornografía, como influencia sobre la conciencia, es una polémica de gran importancia en nuestros tiempos cuando una industria de billones de dólares tiene el poder de difundir imágenes de mujeres cada vez más sádicas y degradantes. Pero incluso la llamada pornografía blanda y la publicidad representan a las mujeres como objetos del apetito sexual, carentes de contexto emocional o personalidad o sentido individual: esencialmente una mercancía para ser consumida por hombres. (La llamada pornografía lesbiana, creada para el ojo del «voyeur» masculino, carece igualmente de contexto emocional o personalidad individual). El mensaje más

---

(21) Daly, *Beyond God The Father*, p. 93.

(22) Fran P. Hosken, «The Violence of Power: Genital Mutilation of Females» en *Heresies: A Feminist Journal of Art and Politics* 6 (1979): 28-35; Russel y van de Ven, ps. 194-95.

(23) Barry, ps. 163-64.

pernicioso comunicado por la pornografía es que las mujeres son las presas sexuales de los hombres y que les encanta; que la sexualidad y la violencia son congruentes y que para las mujeres el sexo es esencialmente masoquista; la humillación, placentera, y el abuso físico, erótico. Pero junto a este mensaje viene otro no siempre reconocido: que la sumisión impuesta y el uso de la crueldad, si se interpretan en el entorno del emparejamiento heterosexual, son sexualmente «normales», mientras que la sexualidad entre mujeres, que incluye reciprocidad erótica y respeto, es «retorcida», «insana» y o bien pornográfica en sí misma o no muy excitante comparada con la sexualidad del látigo y de las cadenas (24). La pornografía no sólo crea un clima en el cual la violencia y el sexo son intercambiables, sino que, además, *amplia el espectro de la conducta considerada aceptable en los hombres en el coito*; conducta que despoja reiterativamente a las mujeres de su autonomía, dignidad y potencial sexual, incluyendo el potencial de amar y ser amadas por mujeres mutua e íntegramente.

En su brillante estudio, *Sexual Harassment of Working Women: A Case of Sex Discrimination*, Catherine A. Mackinnon describe la intersección entre la heterosexualidad obligatoria y la economía. Bajo el capitalismo las mujeres están segregadas en función de su sexo y ocupan una posición en el lugar de trabajo estructuralmente inferior; esto no es nuevo, pero Mackinnon plantea la pregunta de por qué, aunque el capitalismo «requiera un cierto grupo de individuos para ocupar posiciones de bajo estatus y sueldo, éstos tienen que ser biológicamente de sexo femenino», y a continuación indica que «el hecho de que los empresarios varones no empleen a menudo a mujeres cualificadas, incluso cuando les podrían pagar menos que a los hombres, hace pensar que hay algo más implicado que el deseo de lucro. (La bastardilla es mía) (25). Mackinnon hace referencia a una rica diversidad de material que documenta el hecho de que las mujeres no sólo están relegadas a trabajos de servicios mal pagados (como secretarías, sirvientas, enfermeras, mecanógrafas, telefonistas, niñeras, camareras), sino que, además, «la sexualización de la mujer» es una parte del trabajo. El requerimiento hecho a las mujeres «de que promocionen su atractivo sexual entre los hombres, los cuales tienden a poseer la posición y el poder económico para imponer sus gustos» es central e intrínseco a las realidades económicas en las vidas de las mujeres. Y documenta exhaustivamente que «la vejación sexual perpetúa la estructura entrelazada a través de la cual las mujeres han sido mantenidas, en el fondo del mercado laboral, prisioneras sexuales de los hombres. Dos fuerzas de la sociedad americana convergen: el control de los hombres sobre la sexualidad de las mujeres y el control del capital sobre las vidas laborales de los empleados» (26). Así, las mujeres en el área laboral se encuentran a merced del sexo como poder en un círculo vicioso. En desventaja económica, mujeres —tanto camareras como profe-

---

(24) La cuestión del «sodomismo lesbiano» requiere ser examinada en el contexto de las enseñanzas de la cultura dominante sobre la relación entre el sexo y la violencia, y en el contexto de la asunción por algunas lesbianas de los etos homosexuales masculinos. Creo que esto es otro ejemplo de la «doble vida» de las mujeres.

(25) Catherine A. Mackinnon, *Sexual Harassment of Working Women: A Case of Sex Discrimination* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1979), ps. 15-16.

(26) *Ibid.*, p. 174.

soras— soportan vejaciones sexuales para conservar sus trabajos y aprenden a comportarse de forma heterosexual, complaciente y adúladora porque descubren que ésta es su verdadera cualificación para el empleo, sea cual sea la descripción del mismo. Y añade que la que se resiste de forma demasiado decidida a las insinuaciones sexuales es acusada de ser «estrecha», asexual o lesbiana. Esto supone una diferencia específica entre las experiencias de los hombres homosexuales y las lesbianas. Una lesbiana, que oculta su lesbianismo en su trabajo a causa de los prejuicios heterosexistas, no sólo está forzada a negar la verdad de sus relaciones fuera del trabajo o su vida privada, sino que su trabajo depende de su aparentar ser no sólo heterosexual, sino una mujer heterosexual, en términos de vestirse y representar el papel diferencial requerido de la «verdadera» mujer.

Mackinnon plantea cuestiones radicales sobre las diferencias cualitativas entre la vejación sexual, la violación, y las relaciones heterosexuales ordinarias. («Como dijo un presunto violador, él no había utilizado más fuerza que la empleada normalmente por los hombres en los preliminares»). Critica a Susan Brownmiller (27) por separar la violación de la normalidad de la vida diaria y por su premisa no examinada de que «la violación es violencia, las relaciones sexuales son sexualidad», apartando así totalmente la violación de la esfera de lo sexual. Su argumento más crucial es que «apartar la violación del terreno de lo “sexual” y colocarla en el terreno de “lo violento” permite estar en contra sin plantearse ninguna pregunta sobre hasta qué punto la institución de la heterosexualidad ha definido la fuerza como un componente normal de “los preliminares” » (28). Nunca se plantea la cuestión de si, bajo las condiciones de supremacía masculina, la noción de “consentimiento” tiene algún sentido» (29).

El hecho es que el trabajo entre otras instituciones sociales es un lugar donde las mujeres hemos aprendido a asumir la violación de nuestras fronteras físicas y psíquicas como el precio de la supervivencia; un lugar donde las mujeres hemos sido educadas —por nada menos que la literatura romántica y la pornografía— para percibirnos a nosotras mismas como presas sexuales. Una mujer que intente escapar de tales violaciones casuales, unidas a las desventajas económicas, bien podrá recurrir al matrimonio como forma de protección esperada, aunque no llevaría a él ni poder social ni económico, entrando así en esta institución desde una posición de clara desventaja. Mackinnon pregunta finalmente:

«¿Qué pasa si las concepciones sociales de la sexualidad masculina y femenina, de la masculinidad y la femeneidad, del *sex-appeal* y del atractivo heterosexual son estructuralmente no igualitarias? Los casos de ve-

---

(27) Brownmiller (véase cita n.º 8).

(28) Mackinnon, p. 219. Susan Schecter escribe: «El empuje hacia la unión heterosexual a cualquier coste es tan intensa que... se ha hecho una fuerza cultural en sí misma que crea maltratos. La ideología del amor romántico y su posesión celosa del compañero/a como propiedad proporciona el disfraz por lo que puede llegar a ser abuso grave» (*Aegis: A Magazine on Ending Violence Against Women* [July–August 1979], ps. 50-51).

(29) Mackinnon, p. 298.

jación sexual hacen pensar que el mismo deseo sexual masculino puede ser despertado por la vulnerabilidad femenina /.../. Los hombres sienten que pueden aprovecharse, por lo tanto, quieren y así lo hacen. El examinar la vejación sexual, precisamente porque parece que los episodios son tan corrientes, obliga a enfrentarse al hecho de que las vejaciones sexuales normalmente se dan entre personas no iguales ni económica ni físicamente /.../. El aparente requisito legal de que las violaciones de la sexualidad de las mujeres tienen que darse fuera de lo normal para poder ser castigadas, contribuye a evitar que las mujeres definan las condiciones ordinarias de su propio consentimiento (30)».

Dada la naturaleza y extensión de las presiones heterosexuales, «la erotización diaria de la subordinación de las mujeres», en palabras de MacKinnon (31), pongo en duda la perspectiva, más o menos psicoanalítica (expuesta por escritores tales como Karen Horney, H.R. Hayes, Wolfgang Lederer y más recientemente Dorothy Dinnerstein) según la cual la necesidad masculina de controlar la sexualidad de las mujeres es el resultado de algún «miedo primario masculino hacia ellas» y hacia su insaciabilidad sexual. Parece más probable que lo que los hombres temen realmente, no es verse forzados por el apetito sexual de las mujeres, ni que las mujeres quieran ahogarlos o devorarlos, sino más bien que éstas pudieran mostrarse totalmente indiferentes hacia ellos, que solamente se les permitiera el acceso sexual y emocional —y por lo tanto económico— hacia ellas en los términos de las propias mujeres; ya que, de no ser así, quedarían relegados a la periferia del núcleo.

Los medios para asegurar el acceso sexual masculino a las mujeres han sido objeto de un profundo trabajo de investigación recientemente llevado a cabo por Kathleen Barry (32). Esta aporta extensa y espantosa documentación que evidencia la existencia, de forma muy extendida, de la esclavitud femenina internacional, —institución una vez conocida como «trata de blancas» pero que, de hecho, ha implicado y sigue implicando a mujeres de todas las razas y clases—. En el análisis teórico que se deriva de su investigación, Barry establece una conexión entre todas las condiciones bajo las que las mujeres se encuentran sujetas a los hombres: la prostitución, la violación marital, el incesto padre-hija y hermano-hermana, los malos tratos a las esposas, la pornografía, el precio de la novia, la venta de hijas, el purdah \* y la mutilación genital. Piensa que el paradigma de la violación —en el que la víctima de una agresión sexual es considerada la responsable de la misma— conduce a la racionalización y aceptación de otras formas de esclavitud, en las cuales se contempla a la mujer como habiendo «elegido» su suerte, como asumiéndola pasivamente, o como habiéndola buscado a través de comportamientos precipitados o no virtuosos. Por el contrario, manifiesta Barry, «la esclavitud sexual femenina está presente en TODAS las situaciones en que mujeres adultas o jóvenes no pueden cambiar las condi-

---

(30) Ibid., p. 220.

(31) Ibid., p. 221.

(32) Kathleen Barry, *Female Sexual Slavery* (ver nota sin numerar anterior).

ciones de su existencia: situaciones de las que no pueden salir al margen de cómo llegarán a verse bajo tales condiciones, —ej. (presiones sociales, dificultades económicas, ingenuidad, deseo de afecto), en las que se encuentran sujetas a la violencia y a la explotación sexual» (33). Aporta un abanico de ejemplos concretos referentes no solo a la existencia de un amplio tráfico internacional de mujeres, sino referentes también a su modo de operar —tanto al estilo de la «red de Minnesota» que suministra jóvenes rubias de ojos azules, huídas de sus familias, procedentes del Medio Oeste, a Times Square, como al de la compra de jóvenes procedentes de la pobreza rural latinoamericana o del sudeste asiático; o al del aprovisionamiento de las «maisons d'abattage» para temporeros en el distrito 18 de París—. En vez de «culpar a la víctima», o intentar diagnosticar su presunta patología, Barry dirige su foco hacia la patología de la colonización sexual misma; hacia la ideología del «sadismo cultural», representado por la vasta industria pornográfica y por identificación global de las mujeres básicamente como «seres sexuales cuya responsabilidad es el servicio sexual a los hombres» (34).

Barry traza las líneas de lo que ella denomina una «perspectiva de dominación sexual» a través de cuya óptica, y haciendo gala de objetividad, el abuso sexual y el terrorismo de los hombres hacia las mujeres se han hecho casi invisibles al ser tratados como hechos naturales e inevitables. Desde tal perspectiva, cada mujer es válida y desechable mientras las necesidades emocionales y sexuales del macho queden satisfechas. El propósito político de su libro es sustituir esta perspectiva de la dominación por una norma universal de básica libertad para las mujeres, en lo que se refiere a ser víctimas de la violencia en función de su sexo, a no sufrir restricciones de movimiento y a no ser sometidas a un derecho de acceso sexual y emocional masculino. Al igual que Mary Daly en *Gin/Ecología*, Barry rechaza las racionalizaciones estructuralistas y otras relativistas culturales sobre la tortura sexual y la violencia antimujer. En su primer capítulo ruega a sus lectoras que rechacen todo tipo de fuga fácil hacia la ignorancia y el no querer ver. «La única forma que tenemos para salir del escondite y para romper nuestras defensas paralizadoras es saberlo todo: —la total extensión de la violencia sexual y la dominación de las mujeres /.../ En el saber, en el enfrentarnos a ello directamente, podemos aprender a trazar nuestro camino fuera de esta opresión, imaginando y creando un mundo que excluya la posibilidad de la esclavitud sexual femenina» (35).

«Hasta que no demos un nombre a esta práctica, una definición conceptual y una forma, e ilustremos su existencia a través del tiempo y el espacio, aquellas son sus más claras víctimas tampoco podrán nombrarla ni definir sus experiencias» (36). Pero las mujeres somos todas sus víctimas en distintas formas y grados; y parte del problema, al nombrar y conceptualizar la esclavitud femenina, como Barry ha visto claramente, es la heterosexuali-

---

(33) *Ibid.*, p. 33.

(34) *Ibid.*, p. 103.

(35) *Ibid.*, p. 5.

(36) *Ibid.*, p. 100.

dad obligatoria. La heterosexualidad obligatoria simplifica la tarea del proxeneta y del chulo en las redes mundiales de prostitución y en los «centros eróticos»; mientras que, en la intimidad del hogar, conduce a que la hija acepte el incesto/violación por su padre, a que la madre se niegue a ver lo que está ocurriendo, a que la esposa maltratada se quede junto a un marido abusivo. El «echar una mano o enamorarla» es una de las principales tácticas del proxeneta cuyo trabajo consiste en pasar a la chica huída de casa o desorientada al chulo para que éste la ponga a punto. La ideología del idilio heterosexual, proyectada hacia la joven a través de los cuentos infantiles, la televisión, las películas, la propaganda, las canciones populares, el fasto de las bodas, es un hábil instrumento en manos del proxeneta quien no se lo piensa dos veces a la hora de utilizarlo, como Barry demuestra con tanta amplitud. Puede que la idea del amor, como emoción con la que se adoctrina tempranamente a las mujeres, sea un concepto en gran parte occidental; pero una ideología más universal se construye alrededor de la primacía e incontrolabilidad del impulso sexual masculino. Esta es una de las muchas observaciones certeras expuestas en la obra de Barry:

«Al mismo tiempo que los chicos adolescentes van aprendiendo del poder sexual por medio de la experiencia social de su impulso sexual, las chicas aprenden que el lugar del poder sexual es masculino. Dada la importancia concedida al impulso sexual masculino en la socialización, tanto de las chicas como de los chicos, la primera etapa de la adolescencia es probablemente la primera fase significativa de la identificación masculina en la vida y desarrollo de una chica /.../ En cuanto una joven se da cuenta del crecimiento de sus propios sentimientos sexuales /.../ «abandona sus hasta entonces relaciones primarias con las amigas. Al tiempo que estas relaciones pasan a ser secundarias para ella, retrocediendo en importancia en su vida, su propia identidad adquiere un papel secundario, ajustándose a los intereses masculinos» (37).

Todavía tenemos que preguntar por qué algunas mujeres nunca —ni siquiera temporalmente— «abandonan sus hasta entonces relaciones primarias con otras mujeres», y por qué la identificación con lo masculino —el otorgar fidelidad política, económica y social a los hombres— existe entre lesbianas sexuales \* de toda la vida. La hipótesis de Barry nos plantea nuevas preguntas, pero clarifica la diversidad de formas a través de las que se manifiesta la heterosexualidad obligatoria. La ley del derecho sexual masculino está fundada en el mito del irresistible —triumfante— impulso sexual masculino del pene-con-vida-propia y esta ley justifica la prostitución como supuesto cultural universal, por un lado, mientras que, por otro, defiende la esclavitud sexual dentro de la familia sobre la base de «la intimidad familiar y la singularidad cultural» (38). El impulso sexual masculino adolescente que, como se enseña a los chicos y a las chicas, una vez disparado no puede responsabilizarse de sí mismo ni aceptar un «no» por respuesta, llega a ser, según Barry, la norma irracional de la conducta sexual del hombre adulto:

---

(37) *Ibid.*, p. 218.

(38) *Ibid.*, p. 140.

un estado de *desarrollo sexual estancado*. Las mujeres aprendemos a aceptar como natural lo inevitable de este «impulso» porque lo recibimos como dogma. De ahí la violación marital, de ahí la esposa japonesa haciendo resignadamente las maletas de su marido para el fin de semana en los prostíbulos Kisaeng \* de Taiwan, de ahí el desequilibrio psicológico y económico entre marido y mujer, jefe y empleada, padre e hija y profesor y alumna.

El efecto de la identificación con lo masculino significa «la interiorización de los valores del colonizador y la participación activa en la ejecución de la colonización de una misma y de su sexo /.../ La identificación con lo masculino es el acto a través del cual mujeres sitúan a los hombres por encima de las mujeres, ellas mismas incluidas, en credibilidad, estatus e importancia, en la mayoría de las situaciones; al margen de la calidad comparativa que la mujer pueda aportar a la situación /.../ La interacción con mujeres se ve como una forma menor de relación a todos los niveles (39).

Lo que merece una investigación más exhaustiva es «el doblepensar» \* que muchas mujeres practican y del que ninguna está total y permanentemente libre: por mucho que se aprecien y se apoyen en relaciones mujer-mujer, redes de respaldo femeninas, un sistema de valores femeninos y feministas, el adoctrinamiento en la creatividad y el estatus masculino aún pueden suscitar en el pensamiento negaciones de sentimiento, pensamientos ilusorios y una profunda confusión sexual e intelectual (40). Lo siguiente es una cita de una carta que recibí el día que escribía el presente capítulo: «He tenido relaciones muy malas con los hombres, me encuentro en medio de una separación muy dolorosa. Trato de encontrar fuerzas a través de las mujeres. Sin mis amigas, no podría sobrevivir». ¿Cuántas veces al día las mujeres dicen frases como éstas, las piensan o las escriben, y con qué frecuencia se produce el salto lógico fruto del doblepensar?

Barry resume sus conclusiones:

«/.../ teniendo en cuenta el desarrollo sexual estancado de los hombres, entendido como normal en ellos, y el número de hombres que son: chulos, proxenetas, tratantas de blancas, oficiales corrompidos que participan en tal tráfico, dueños, encargados y empleados de burdeles y centros de alojamiento y entretenimiento, abastecedores de pronografía asociados a negocios de prostitución, maltratadores de esposas, perversores de menores, autores de incesto, clientes de la prostitución y violadores; una no puede hacer otra cosa que quedarse perpleja frente a la enorme población masculina que toma parte en la esclavitud sexual femenina. El vasto número de hombres implicados en estas prácticas debería ser causa de una declaración de estado de emergencia internacional: una crisis de violencia sexual. Pero lo que debe ser motivo de espanto es, en su lugar, algo aceptado como relaciones sexuales normales» (41).

(39) Ibid., p. 172.

(40) En otro lugar he afirmado que el androcentrismo ha sido una poderosa fuente de racismo en mujeres blancas, y que las mujeres que han luchado activamente contra él han sido vistas como desleales respecto a los códigos y sistemas masculinos.

(41) Barry, p. 220.

Susan Cavin en su rica y provocadora, si bien un tanto especulativa, tesis doctoral, sugiere que el patriarcado se hace posible cuando el grupo original de mujeres, que incluye niños, pero que excluye a los chicos adolescentes, se ve invadido y sobrepasado numéricamente por hombres; plantea que no es el matrimonio patriarcal, sino la violación de la madre por el hijo, el primer acto de dominio masculino. La cuña penetrante o potencia de palanca que da pie a esto no es un simple cambio en la relación proporcional entre los sexos; sino el vínculo madre-hijo manejado por los chicos adolescentes para quedarse dentro del núcleo después de haber alcanzado la edad de exclusión. El afecto maternal es utilizado para establecer el derecho masculino de acceso sexual, el cual, sin embargo, tiene que ser mantenido siempre después por la fuerza (o a través del control de la conciencia) dado que la original relación adulta profunda es la relación entre mujer y mujer (42). Esta hipótesis me resulta realmente sugestiva dado que una forma de falsa conciencia que sirve a la heterosexualidad obligatoria es el mantenimiento de una relación madre-hijo entre mujeres y hombres, incluida la demanda de que las mujeres aporten maternal consuelo, cuidados y comprensión a sus vejadores, violadores y maltratadores, sin enjuiciarlos, así como a los que las vampirizan poco a poco. ¿Cuántas mujeres fuertes y decididas no aceptan la presunción masculina salvo en el caso de sus propios hijos?

Pero sean cuales sean sus orígenes, cuando miramos fija y claramente la extensión y la elaboración de las medidas diseñadas para mantener a las mujeres dentro de un ámbito sexual masculino, se hace inevitable la pregunta de si el asunto al que tenemos que enfrentarnos las feministas es no el de una simple «desigualdad sexual», ni el de la dominación masculina de la cultura por hombres, ni el de «tabúes en contra de la homosexualidad» sino el de la imposición de la heterosexualidad a las mujeres como medio de asegurar el derecho masculino de acceso físico, económico y emocional (43). Uno de los muchos medios de los que tal imposición se vale es, por supuesto, el de hacer invisible la posibilidad lesbiana, un continente sumergido del cual emergen a la vista fragmentos de vez en cuando sólo para ser sumergidos nuevamente. La investigación y la teoría feminista que contribuye a la invisibilidad o marginalidad lesbiana trabaja, en realidad, en contra de la liberación y el reforzamiento de las mujeres como grupo (44).

---

(42) Cavin. (Ver nota sin numerar anterior), capítulo 6.

(43) En cuanto a mi visión de la heterosexualidad como institución económica, me encuentro en deuda con Lisa Leghorn y Katherine Parker, quienes han tenido la amabilidad de dejarme leer su manuscrito no publicado *Redefining Economics* (1980). Ver su artículo: «Towards a Feminist Economics: a Global View» *Second Wave* 5, nr. 3 (1979): 23-30.

(44) Afirmaría que la existencia lesbiana se ha reconocido y tolerado principalmente cuando ha sido vista como una versión «desviada» de la heterosexualidad; ej. cuando lesbianas como Stein y Toklas han representado roles heterosexuales (o así ha parecido en público) y han sido claramente identificadas como tal dentro de la cultura masculina. Ver también de Claude F. Schaeffer, «The Kuterai Female Berdache: Courier, guide, Prophetess and Warrior», *Ethnohistory* 12, nr. 3, (Summer 1965): 193-236. (Berdache: un individuo de sexo fisiológico definido (hombre o mujer) que asume el rol y el estatus del sexo opuesto y que es visto por la comunidad como persona de un sexo fisiológico definido pero que ha asumido el rol y el estatus del sexo opuesto» [Schaeffer, p. 231]). La existencia lesbiana también ha sido relagada desde un fenómeno de clase alta, una élite en decadencia (como la fascinación por los salones de París, como la de Renée Vivien y Natalie Clifford Barney) hasta los bajos fondos de «mujeres vulgares» como Judy Grahn describe en *The Work of a Common Woman* (Oakland, Calif. Diana Press, (1978) y True to Life Adventure Stories (Oakland, Calif.: Diana Press, 1978).

La premisa de que «la mayoría de las mujeres son innatamente heterosexuales» supone un obstáculo teórico y político contra el que muchas se tropiezan. Sigue siendo un supuesto que puede mantenerse, en parte, porque la existencia lesbiana ha sido deliberadamente excluida de la historia o clasificada como enfermedad; en parte, porque ha sido tratada como algo excepcional en vez de ser como algo intrínseco, y en parte, porque reconocer que puede que la heterosexualidad no sea en absoluto una «preferencia» para las mujeres, sino algo que se tiene que imponer, manejar, organizar, promover y mantener por la fuerza es un paso arduo a dar si es que te consideras libre e «innatamente» heterosexual. Sin embargo, no examinar la heterosexualidad como una institución es como no admitir que el sistema económico llamado capitalismo o el sistema de castas del racismo son mantenidos por una variedad de fuerzas, incluyendo tanto la violencia física como la falsa conciencia. Dar el paso de cuestionarse la heterosexualidad como «preferencia» o «elección» de las mujeres —con el consiguiente trabajo intelectual y emocional— exigirá una calidad especial de coraje en feministas identificadas heterosexualmente, pero considero que las compensaciones serán importantes: liberalización de pensamiento, exploración de nuevos caminos, resquebrajamiento de otro gran silencio, nueva claridad en las relaciones personales.

### III

He preferido utilizar los términos *existencia lesbiana* y *continuum lesbiano* porque la palabra *lesbianismo* tiene connotaciones clínicas y limitadoras. *Existencia lesbiana* hace pensar tanto en el hecho de la presencia histórica de las lesbianas como en nuestra creación en marcha del sentido de tal existencia. Con el término *continuum lesbiano* quiero incluir —a través de la vida de cada mujer y a lo largo de la historia— una gama de experiencias ginocéntricas\*; no simplemente el hecho de que una mujer haya tenido o deseado conscientemente tener experiencias sexuales con otra mujer. Si lo extendemos hasta abarcar muchas otras formas de intensidad primaria entre mujeres, incluyendo el compartir una vida interior rica, la formación de lazos de defensa de la tiranía masculina, el dar y recibir apoyo práctico y político; si además podemos oír en tal término asociaciones tales como *resistencia al matrimonio* y la conducta de «fiera»\* identificada por Mary Daly (cuyos significados en desuso, son: «intratable», «cabezota», «licenciosa» e «impura») /.../ «una mujer sin ganas de ceder al cortejo») (45) —empezamos a captar más ampliamente la historia y la psicología femenina que han estado fuera de nuestro alcance como consecuencia de las limitadoras y mayoritariamente clínicas definiciones del «lesbianismo».

La existencia lesbiana significa tanto el romper un tabú como el rechazar un modo de vida obligatorio. Es, además, un atentado directo o indirecto contra el derecho masculino de acceso a las mujeres. Pero aunque puede que empecemos a percibirlo en principio como una forma de decir no al pa-

(45) Daly, *Gyn/Ecology*, p. 15.

triarcado, como un acto de resistencia, es más que todo eso. Por supuesto ha incluido la asunción de roles, el odio dirigido a una misma, el colapso nervioso, el alcoholismo, el suicidio, y la violencia entre mujeres, por lo que sería muy peligroso idealizar lo que significa amar y el actuar contracorriente y el estar sujetas a fuertes penurias; y lo sería aún más teniendo en cuenta que la existencia lesbiana se ha vivido (a diferencia de la existencia por ejemplo, judía o católica) \* sin acceso a conocimiento alguno de tradición, continuidad, o fundamento social. La destrucción de archivos, recuerdos y cartas que documentan las realidades de la existencia lesbiana tiene que ser considerada seriamente como medio para mantener la obligatoriedad de la heterosexualidad en las mujeres, dado que, lo que se ha mantenido fuera del alcance de nuestro conocimiento, es alegría, sensualidad, coraje y colectividad tanto como culpabilidad, autotraición y dolor (46).

Históricamente, a las lesbianas se les ha negado una existencia política por medio de incluirlas dentro de la homosexualidad masculina, considerándolas como otra versión de lo mismo. Igualar la existencia lesbiana a la homosexualidad masculina porque las dos están estigmatizadas es negar y borrar la realidad femenina una vez más. El separar a aquellas mujeres estigmatizadas como «homosexuales» o «gays» del complejo continuum de la resistencia femenina, resistencia a la esclavitud, e incluirla en el patrón masculino es falsificar nuestra historia. Una parte de la historia de la existencia lesbiana se encuentra, por supuesto, allí donde las lesbianas, al carecer de una colectividad de mujeres coherente, han compartido una especie de vida social y causa común con los hombres homosexuales. Pero esto tiene que verse en contraste con las diferencias existentes: falta de privilegios económicos y culturales de las mujeres respecto a los hombres; diferencias cualitativas entre las relaciones masculinas y femeninas, por ejemplo, la práctica frecuente del sexo impersonal y anónimo y la justificación de la pederastia entre homosexuales masculinos, el prejuicio evidente en cuanto a la edad en las normas del atractivo sexual entre homosexuales masculinos, etc. Al definir y describir la existencia lesbiana espero promover una disociación de los valores y las lealtades lesbianas de los homosexuales masculinos. Veo la existencia lesbiana, al igual que la maternidad, como una experiencia profundamente *femenina*, con opresiones, significados y posibilidades específicas que no pueden ser entendidas mientras la encajemos simplemente en otras existencias sexuales estigmatizadas. Al igual que el término «ser padres» sirve para ocultar la realidad específica y significativa de quien es en realidad la madre, el término «gay» sirve al propósito de oscurecer precisamente las pautas que necesitamos percibir y que son de crucial valor para el feminismo y la libertad de las mujeres como grupo.

---

(46) «En el mundo hostil en el cual las mujeres no sobreviven sino es en relación a su servicio a los hombres, comunidades enteras de mujeres fueron sencillamente borradas. La historia tiende a enterrar lo que pretende rechazar». (Blanche W. Cook, «Women Alone Stir My Imagination: Lesbianism and the Cultural Tradition», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 4, nr. 4 [Summer 1979]: 719-20) The Lesbian Herstory Archives en Nueva York constituyen un intento de preservar los documentos actuales sobre la existencia lesbiana —un proyecto de enorme valor y significado, enfrentado a la constante censura y destrucción de relaciones, redes y comunidades, de otros archivos y en cualquier otro lugar de la cultura.

Como término, «lesbiana», en su definición patriarcal, ha sido restringido a unas limitadoras asociaciones clínicas; amistades y compañerismo femenino han sido apartados de lo erótico, limitando así lo erótico mismo. Pero, al profundizar y ampliar lo que definimos como la existencia lesbiana, al delinear un continuum lesbiano, empezamos a descubrir lo erótico en términos femeninos: algo no restringido a ninguna parte concreta del cuerpo ni exclusivamente al cuerpo en sí mismo; como una energía no sólo difusa, sino también, como lo describió Audre Lorde, omnipresente en «el compartir la alegría bien física, emocional o «psíquica» y en el compartir el trabajo; como la alegría que nos refuerza el que «nos hace estar menos dispuestas a aceptar una condición de impotencia o aquellos otros estados inducidos del ser que no son naturales en mí, como la resignación, la desesperación, el mantenerse imperceptible, la depresión y la autoprivación» (47).

En otro contexto, escribiendo sobre las mujeres y el trabajo, cité un pasaje autobiográfico de H. D. en el que la poeta describe cómo su amiga Bryher la apoyó para que persistiera en la experiencia visionaria que posteriormente llegaría a conformar su trabajo de madurez:

.../Sabía que esta experiencia, esta escritura en la pared\* ante mí no se podía compartir con nadie más que con la chica que se encontraba allí a mi lado, tan valientemente. Esa chica me había dicho, sin la más mínima duda, «sigue». Fue ella realmente quien tuvo la capacidad de distanciarse y la integridad de la pitonisa de Delfos. Pero era yo la que, aturdida y confusa (...) veía a las imágenes, la que leía o escribía o a quien se le había concedido la visión interna. O quizás, de alguna forma, lo «veíamos» juntas, porque sin ella, tal como lo veo ahora, no podría haber seguido/... (48).

Si consideramos la posibilidad de que todas las mujeres —desde la lactante hasta la mujer adulta que experimenta sensaciones orgásmicas mientras amamanta a su hijo/a, recordando quizás el olor lácteo materno a través del suyo propio, pasando por mujeres, como la Chloe y la Oliva de Virginia Woolf, que comparten un laboratorio (49), la mujer moribunda de noventa años, cuidada y ayudada por mujeres se encuentren en un continuum lesbiano, podemos vernos como moviéndonos dentro y fuera de dicho continuum, tanto si nos identificamos como lesbianas o no. Esto nos permite relacionar aspectos de la genocentricidad tan diversos como las atrevidas íntimas amistades entre chicas de ocho y nueve años y la agrupación de aquellas mujeres de los siglos XII y XV conocidas como Beguines que «compartían casas, se las alquilaban entre ellas, les legaban viviendas a sus compañeras de casa(...) en casas baratas subdivididas en la zona artesanal de la ciudad que practicaban virtudes cristianas por su propia cuenta, vistiéndose y viviendo con sencillez sin asociarse con hombres», que se ganaban la vida

(47) Audre Lorde, *Uses of the Erotic as Power*, Out and Out Books [476, 2d Street, Brooklyn, New York 11215] 1979).

(48) Adrienne Rich, «Conditions of Work: The Common World of Women» en *On Lies, Secrets and Silence* (p. 209), H.D., *Tribute to Freud* (Oxford: Carcanet Press, 1971), p. 50-54.

(49) Woolf, *A Room of One's Own*, p. 126.

como hilanderas, panaderas, enfermeras o llevando escuelas para niños y que conseguían—hasta que la Iglesia les obligó a dispersarse—vivir independientes tanto del matrimonio como de las restricciones conventuales (50). Nos permite relacionar a estas mujeres con las «lesbianas» más célebres de la escuela de mujeres formada en torno a Safo en el siglo VII a.d.n.e. \*; con las hermandades secretas y redes económicas de mujeres africanas y con las hermandades de mujeres chinas; de resistencia al matrimonio —comunidades de mujeres que rechazaban el matrimonio o que si ya estaban casadas se negaban a menudo a la consumación del mismo y dejaban a sus maridos poco tiempo después— las únicas mujeres chinas que no tenían los pies vendados, según nos cuenta Agnes Smedley, se alegraban de los nacimientos de mujeres y organizaban con éxito huelgas de mujeres en los talleres de seda (51). Nos permite comparar y relacionar casos individuales dispares de la resistencia al matrimonio: por ejemplo, el tipo de autonomía reclamada por Emily Dickinson —una genio de raza blanca del siglo XIX— con las estrategias al alcance de Zora Neale Hurston —una genio de raza negra del siglo XX—. Dickinson nunca se casó, mantuvo tenues amistades intelectuales con hombres, vivió autoenclaustrada en el acomodado hogar paterno y escribió toda una vida de apasionadas cartas a su cuñada Sue Gilbert y un más reducido número de cartas, del mismo estilo, a su amiga Kate Scott Anthon. Hurston se casó dos veces, pero dejó pronto a cada marido, se labró su camino de Florida a Harlem, de Harlem a Columbia University, de Columbia University a Haití y, al final, de vuelta a Florida, se movió entre el caciquismo blanco y la pobreza, entre el éxito profesional y el fracaso; las relaciones que la ayudaron a sobrevivir fueron todas con mujeres, empezando por su madre. Ambas mujeres, dentro de circunstancias enormemente distintas, eran resistentes al matrimonio, se entregaron al trabajo y a su realización personal y fueron caracterizadas posteriormente como «apolíticas». A las dos les atraían los hombres de alto nivel intelectual; a las dos les proporcionaban la fascinación y el sostén vital permanente las mujeres.

Si pensamos en la heterosexualidad como inclinación emocional y sensual «natural» de las mujeres, formas de vida como las mencionadas son vistas como desviadas, patológicas o carentes de emotividad y sensualidad; o, en jerga más reciente y permisiva, son banalizadas como «modos de vida». Y el trabajo de tal tipo de mujeres se subvalora —tanto si es meramente el cotidiano de supervivencia y resistencia individual o colectiva, o el de la escritora, la militante, la reformista, la antropóloga o la artista— el de auto-creación se subvalora, o se ve como la fruta amarga de la «envidia de pene»

---

(50) Gracia Clark, «The Beguines: A Mediaeval Women's/Community Quest: A Feminist Quarterly», 1, nr. 4 (1975): 73-80.

(51) Ver Denise Paulme, ed. *Women of Tropical Africa* (Berkeley University of California Press, 1963) pp. 7, 266-67. Algunas de estas hermandades se describen como «un tipo de sindicato defensivo contra el elemento masculino» —sus objetivos eran «ofrecer resistencia concertada a un patriarcado opresivo», «independencia del propio marido y respecto a la maternidad, ayuda y satisfacción mutua y venganza personal». Ver también de Audre Lorde, «Scratching the Surface: Some Notes on Barriers to Women and Loving», *Black Scholar* 9, nr. 7 (1978): 31-35; Marjorie Topley, «Marriage Resistance in Rural Kwangtung», en *Women in Chinese Society*, ed. M. Wolf and R. Witke (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1978), pp. 67-89; Agnes Smedley, *Portrait of Chinese Women in Revolution*, ed. J. Mackinnon and S. Mackinnon (Old Westbury, N.Y.: Feminist Press, 1976), ps. 103-10.

o como la sublimación del erotismo reprimido, o como el vocerío sin sentido de una «misandra» \*. Pero al dar la vuelta a la lente a través de la que miramos y al considerar hasta qué grado y a través de qué medios se ha impuesto realmente la «preferencia» heterosexual en las mujeres, no sólo podemos entender de forma distinta el significado de vidas individuales, sino que podemos también empezar a reconocer el hecho central de la historia de las mujeres: que las mujeres siempre se han resistido a la tiranía masculina. En cada época y en cada cultura, muy a menudo, aunque no siempre acompañado de una teoría, ha resurgido constantemente un feminismo de acción. Podemos empezar a estudiar la lucha de las mujeres en contra de su impotencia, su rebelión radical no sólo en las «situaciones revolucionarias concretas» (52) definidas por los hombres, sino en todas las situaciones que las ideologías masculinas no han percibido como revolucionarias: por ejemplo, la negativa de algunas mujeres a producir hijos, ayudadas con gran riesgo por otras mujeres, la negativa a producir una más alta calidad de vida y ocio para los hombres (Leghorn y Parker muestran cómo ambas cuestiones forman parte de la contribución económica no reconocida, no remunerada y no sindicada de las mujeres). Aquella sexualidad femenina antifálica que, como señala Andrea Dworkin, ha sido «legendaria» y que, definida como frigidez y puritanismo, ha sido, en realidad, una forma de subvertir el poder masculino —«una rebelión ineficaz, pero... sin embargo, una rebelión» (53). No podemos tener más paciencia con la perspectiva de Dinnerstein de que las mujeres simplemente han colaborado con los hombres en los «arreglos sexuales» de la historia; empezamos a observar conductas, tanto en la historia como en la biografía individual, que han permanecido hasta ahora invisibles o que han sido erróneamente denominadas; conductas que a menudo constituyen rebelión radical, dentro de los límites de la resistencia masculina ejercida en un tiempo y lugar dados. Y podemos además relacionar dichas rebeliones así como la necesidad de las mismas, con la pasión física de las mujeres hacia las mujeres, pasión central en la existencia lesbiana: la sensualidad erótica que ha sido, precisamente, el hecho de la existencia femenina más violentamente borrado.

La heterosexualidad se ha impuesto en las mujeres tanto por la fuerza como subliminalmente; sin embargo, las mujeres se han resistido a dicha imposición en todas partes, muchas veces a costa de tortura física, encarcelamiento, neurocirugía, ostracismo social y extrema pobreza. «La heterosexualidad obligatoria» fue mencionada como uno de los «crímenes contra las mujeres» por el Tribunal de Bruselas sobre crímenes contra las mujeres en 1976. Dos testimonios judiciales de dos mujeres procedentes de culturas muy distintas nos dan una idea de hasta qué grado la persecución de las lesbianas aquí y ahora es una práctica global. Un informe noruego relata:

---

(52) Ver Rosalind Petchesky, «Dissolving the Hyphen»: A Report on Marxist-Feminist groups 1-5, en *«Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism»*, ed. Zillah Eistein (New York: Monthly Review Press, 1979), p. 387.

(53) Andrea Dworkin *Pornography: Men's Graphic Depiction of Whores* (New York: G.P. Putnam's Sons, 1981).

Una lesbiana en Oslo formaba parte de un matrimonio heterosexual que no funcionaba y, a raíz de tal hecho empezó a tomar tranquilizantes y acabó en un sanatorio mental para tratamiento y rehabilitación /.../ Desde el momento en que, en una sesión de psicoterapia familiar grupal manifestó que creía que era lesbiana, el médico se lo negó. El lo sabía al mirarla a los ojos —dijo—. Tenía los ojos de una mujer que deseaba tener relaciones sexuales con su marido. Por lo tanto, fue sometida a una llamada «terapia de diván». La pusieron en una habitación de temperatura agradable, desnuda, en una cama y durante una hora su marido tenía que /.../ intentar excitarla sexualmente /.../ La idea era que ese contacto tenía que acabar siempre en el coito. Cada vez sentía una aversión mayor. Vomitó y varias veces huyó del cuarto para escapar de ese «tratamiento». Cuando más insistentemente aseguró que era lesbiana, mayor fue la violencia del coito. El tratamiento continuó durante unos seis meses. Se escapó del hospital, pero fue devuelta. Nuevamente se escapó. No ha vuelto allí desde entonces. Finalmente se dio cuenta de que había sido sometida a violación, de que había sido forzada durante seis meses.

(Esto seguramente es un ejemplo de esclavitud sexual femenina según la definición de Barry). Y en otro informe de Mozambique se relata:

Estoy condenada a una vida de exilio porque me resisto a negar que soy lesbiana y que mis compromisos primarios son y serán siempre con otras mujeres. En la nueva Mozambique el lesbianismo está considerado como un resto del colonialismo y de la decadente civilización occidental. A las lesbianas se les envía a campos de rehabilitación para que, a través de la autocrítica aprendan la línea correcta /.../ Si denunciase mi amor hacia las mujeres, si por lo tanto me denunciase a mí misma, podría volver a Mozambique y unir mis fuerzas a la dura y apasionante lucha que supone reconstruir una nación, incluida la lucha por la emancipación de las mozambiqueñas. Tal como están las cosas, o corro el riesgo de los campos de rehabilitación o me quedo en el exilio (54).

Tampoco se puede suponer que las mujeres, como las del estudio de Carroll Smith-Rosenberg que se casaron y permanecieron casadas y, sin embargo, vivieron en un mundo emocional y pasional profundamente femenino, «preferían» o «elegían» la heterosexualidad. Las mujeres se han casado porque era necesario para sobrevivir económicamente, para tener hijos que no sufrieran privaciones económicas u ostracismo social, para mantener su respetabilidad, para hacer lo que se esperaba de las mujeres porque, procedentes de infancias «anormales», quieren sentirse «normales», y porque el idilio heterosexual se ha presentado como la gran aventura, deber y realización femeninos. Podemos haber obedecido a tal institución fiel o ambivalentemente, pero nuestros sentimientos —y nuestra sensualidad— no han sido domesticados o contenidos en ella. No hay documentación estadística sobre la cantidad de lesbianas que han permanecido dentro de matrimonios heterosexuales la mayor parte de sus vidas. Pero, en una carta a una de las

---

(54) *Russell and Van de Ver*, ps. 42-43, 56-57.

primeras publicaciones lesbianas, *Ladder*, la autora dramática Lorraine Hansberry decía:

Sospecho que el número de mujeres casadas que preferirían tener relaciones físicas y emocionales con otras mujeres sería proporcionalmente más alto que el que daría una estadística similar entre hombres. (Una estadística que seguramente nadie tendrá nunca a su disposición). Esto es porque, dada la condición de las mujeres, ¿cómo podríamos empezar a averiguar la cantidad de ellas que no estarían dispuestas a arriesgarse a llevar una vida distinta de la que se les ha enseñado que es su destino «natural» —Y a su única expectativa de seguridad ECONOMICA? Parece ser que por esto es por lo que la pregunta tiene una profundidad que no tiene para los homosexuales hombres /.../. Una mujer de fortaleza y honestidad puede, si así lo elige, romper su matrimonio y casarse con otro hombre, y la sociedad puede disgustarse por la subida de la tasa de divorcios —pero hay pocos sitios en Estados Unidos, de todas formas, donde esta mujer se pueda sentir algo remotamente parecido a un ser «marginado». Obviamente éste no sería el caso de una mujer que rompiera su pareja para vivir con otra mujer (55).

Esta *doble vida* —este aparente dar consentimiento a una institución fundada en las prerrogativas e intereses masculinos— ha sido característica de la experiencia femenina: en la maternidad y en muchas clases de conductas heterosexuales, incluidos los rituales de cortejo; conductas tales como la pretensión de asexualidad en esposas del siglo XIX; el simulacro de orgasmo en prostitutas y mujeres «sexualmente liberadas» del siglo XX.

La novela documental de la depresión\*, *The Girl*, de Meridel LeSueur, es un estudio impresionante sobre la doble vida de las mujeres. La protagonista, una camarera de un *speakeasy*\* en la ciudad de St. Paul, se siente apasionadamente atraída hacia el joven Butch, pero las relaciones emocionales que le permiten seguir viviendo las mantiene con Clara, otra camarera mayor y prostituta; con Belle, cuyo marido es el dueño del bar, y con Amelia, una activista sindical. Para Clara y Belle y la protagonista —cuyo nombre no figura— el sexo con los hombres es, en cierto sentido, una forma de escapar del hecho central, la miseria, de la vida diaria; una chispa de intensidad en la implacable red gris, a menudo brutal, de la existencia lesbiana:

/.../ fue como si él fuera un imán atrayéndome. Fue algo emocionante y fuerte y atemorizante. El me buscaba también y cuando me encontraba, huía o me quedaba petrificada, parada delante de él, como un bufón. Y me decía que no fuera por ahí con Clara al Marigold donde bailábamos con desconocidos. Que me partiría el alma. Lo cual me hacía temblar y tambalearme, pero era mejor que ser una cáscara llena de sufrimiento y no saber por qué (56).

(55) Estoy en deuda con *Gay American Gistory* de Jonathan Katz por dirigir mi atención hacia las cartas de Hansberry a *Ladder* y con Bárbara Grier por proveerme de copias de las relevadoras páginas de *Ladder*, ed. Jonathan Katz et al. (New York: Amo Press); y Deirdre Carmody, «Letters by Eleanor Roosevelt Detail Friendship with Lorena Hickok», *New York Times* (october 21, 1979).

(56) Meridel LeSueur, *The Girl* (Cambridge, Mass. West End Press, 1978) pp. 10-11. LeSueur al final explica que está basado en los escritos y las narraciones de mujeres de la «Alianza de Trabajadores» que conoció a través de un grupo de escritoras, durante la depresión.

El tema de la doble vida surge a lo largo de la novela; Belle rememora su matrimonio con el estraperlista de alcohol Hoinck:

¡Sabes!, cuando se me puso el ojo morado y dije que me había chocado con el armario de la cocina, pues fue él quien me lo puso, el hijoputa, y luego me dijo que no se lo dijera a nadie /.../ Está loco, eso es lo que es, un loco, y no veo por qué vivo con él, por qué lo soporto siquiera un minuto más. Pero escúchame, niña —dijo— te diré algo. Me miró y su cara era maravillosa. Dijo Dios mío, maldito sea, le amo, y por eso estoy enganchada a él de esta forma, para toda la vida, maldito sea, le amo (57).

Más adelante la protagonista después de tener relaciones sexuales por primera vez con Butch, es atendida por sus amigas que le curan la hemorragia, le dan whisky y comparan experiencias:

¡Qué suerte la mía! fue la primera vez y me metí en problemas. Me dio un poco de dinero y fui a St. Paul donde, por diez pavos, te meten una aguja enorme de veterinario y empiezas y luego tú te tienes que buscar la vida (...) Nunca tuve un crío. Sólo he tenido a Hoinck para criar y él es un infierno de crío (58).

Más tarde me hicieron volver a la habitación de Clara y ella se tumbó a mi lado y me abrazó y quiso que le contara, pero ella quería hablar de sí misma. Dijo que había empezado cuando tenía doce años con una panda de chicos en un cobertizo viejo. Dijo que nadie se había fijado en ella hasta entonces y que se hizo muy popular (...) «les gusta tanto», dijo ¿por qué no dárselo y recibir regalos y atención? Nunca me gustó, tampoco a mi madre. Pero es lo único que tiene de valor (...) (58).

El sexo, por lo tanto, equivale a la atención por parte de los hombres que son carismáticos, aunque brutales, infantiles e informales. Sin embargo, son las mujeres quienes entre ellas se hacen la vida soportable. (*Trato de encontrar fuerzas a través de las mujeres, sin mis amigas no podría sobrevivir*). *The Girl* de LeSueur tiene un paralelismo con la notable *Sula* de Toni Morrison, otra excepcional revelación de la doble vida femenina:

Nel fue la única persona que no quiso nada de ella, que la había aceptado en todas sus facetas (...) Nel fue una de las razones por las cuales [Sula] se había dejado arrastrar de nuevo hacia Medallion /.../ Los hombres /.../ se habían refundido en una sola personalidad: el mismo lenguaje del amor, los mismos entretenimientos amorosos, el mismo enfriamiento del amor. Cada vez que introducía sus pensamientos personales en los roces sexuales con los hombres, éstos le dirigían una mirada vacía. No le enseñaban más que trucos amorosos, no compartían con ella nada más que preocupaciones, no le daban más que dinero. Ella había estado buscando un amigo todo aquel tiempo, y le llevó algún tiempo descubrir que un amante nunca era un camarada, —ni podía serlo nunca— para una mujer.

(57) *Ibid.*, p. 20.

(58) *Ibid.*, pp. 53-54.

(59) *Ibid.*, p. 55.

Pero el último pensamiento de Sula en el momento de su muerte es: «Espera que se lo digo a Nel». Y después de su muerte Nel pasa revista a su propia vida:

«Todo aquel tiempo, todo aquel tiempo pensaba que echaba de menos a Jude». Y la pérdida hizo presa en su pecho y subió hasta la garganta. «Juntas fuimos niñas», dijo, como si estuviera explicando algo. «Ay, Dios, Sula», se quejó, «niña, niña, niña!». Fue un buen clamor —fuerte y prolongado— pero no tenía fondo ni techo, sólo círculos y círculos de dolor (60).

*The Girl* y *Sula* son dos novelas que revelan el continuum lesbiano en contraste con las superficiales y sensacionalistas «escenas lesbianas» de la ficción comercial reciente (61). Ambas nos muestran (excepto al final de la novela de LeSueur) una ginocentricidad no adulterada por el romanticismo; ambas relatan cómo la obligación heterosexual trata de monopolizar la atención de las mujeres, dibujan también la dispersión y frustración de los lazos femeninos, lazos que, asumidos más conscientemente, podrían reintegrar el amor y el poder.

#### IV

El ginocentrismo es una fuente de energía, un manantial de poder femenino violentamente truncado y malgastado bajo la institución de la heterosexualidad. El negar la realidad y visibilidad de la pasión de las mujeres por las mujeres, a la elección de las mujeres por otras mujeres como aliadas, compañeras vitales y colectividad; obligar al disimulo a estas relaciones y a su desintegración bajo intensas presiones han significado una pérdida incalculable de la capacidad de todas las mujeres *para cambiar las relaciones sociales entre los sexos, para liberarnos a nosotras y entre nosotras*. La mentira de la heterosexualidad obligatoria en las mujeres hoy afecta negativamente, no sólo a los estudios feministas, sino a cada profesión, a cada trabajo de consulta, a cada programa académico, a cada intento de organizar, a cada relación y conversación sobre la que se cierne. Crea concretamente una profunda falsedad, hipocresía e histeria en el diálogo heterosexual, ya que cada relación heterosexual se vive alumbrada por el destello viscoso de tal mentira. Esta luz flamea en nuestras vidas distorsionándolas sea cual sea la forma que elijamos para identificarnos, o bajo la cual nos encontremos etiquetadas (62).

Tal mentira mantiene a una innumerable cantidad de mujeres atrapadas psicológicamente intentando adecuar su mente, su espíritu y su sexualidad a

(60) Toni Morrison, *Sula* (New York: Bantam Books, 1973) pp. 103-4: Estoy en deuda con Lorraine Bethel por su ensayo no publicado sobre *Sula*, que fue lo primero que me llamó la atención hacia esta novela como obra ginocéntrica.

(61) Ver Maureen Brady y Judith McDaniel, «Lesbian in the Mainstream: The Image of Lesbians in Recent Commercial Fiction», *Conditions*, vol. 6 (1979).

(62) Ver Russell y van de Ven, p. 40 «... pocas mujeres heterosexuales se dan cuenta de su no libre elección sexual, y pocas se dan cuenta de cómo y por qué la heterosexualidad obligatoria es también un crimen contra ellas».

un guión establecido al no poder ver más allá de los parámetros de lo aceptable. Absorbe la energía de esta clase de mujer a la vez que drena las energías de las lesbianas «ocultas», energía agotada en la doble vida. La lesbiana atrapada en su «ocultamiento», las mujeres presas de los dictámenes sobre la «normalidad» comparten el dolor de las opciones bloqueadas, conexiones rotas, y de los caminos perdidos hacia la autodefinición libre y poderosamente asumida.

La mentira tiene muchas caras. En la tradición occidental, una de ellas, —la romántica— afirma que las mujeres se encuentran inevitable —aunque precipitada y trágicamente— atraídas hacia los hombres; que aun cuando tal atracción sea suicida (por ejemplo, *Tristan und Isolde*, *The Awakening* de Kate Chopin) es, de todas formas, un imperativo orgánico. En la tradición de las Ciencias Sociales, tal mentira mantiene que el amor primario entre los sexos es «normal», que las mujeres necesitan a los hombres como protectores sociales y económicos, para la sexualidad adulta, y para completarse psicológicamente; que la familia constituida heterosexualmente es la unidad social básica; que las mujeres que no dirijan su intensidad primaria hacia los hombres tienen que ser condenadas, en términos funcionales, a una marginación aún más devastadora que la de su marginación como mujeres. A nadie sorprende que se informe que las lesbianas permanecen más ocultas que los homosexuales masculinos. La autora crítica literaria feminista/lesbiana de raza negra Lorraine Bethel, escribiendo sobre Zora Neale Hurston comenta que para una mujer negra —ya dos veces marginada— elegir asumir otra identidad «odiada» más, es muy problemático. Sin embargo, el continuum lesbiano ha sido una cuerda salvavidas para las negras tanto en África como en Estados Unidos.

Las mujeres negras tenemos una larga tradición de agruparnos (...) en comunidades negras de mujeres que han sido fuente de información para la supervivencia, apoyo psíquico y emocional para nosotras. Poseemos una cultura popular ginocéntrica negra distinta, basada en nuestras experiencias como negras en esta sociedad; símbolos, lenguaje y modos de expresarse que son específicos de las realidades de nuestras vidas (...) Debido a que las mujeres negras rara vez estaban entre aquellos negros y aquellas mujeres que consiguieron el acceso a las formas de expresión literaria y a otras formas artísticas reconocidas, esta solidaridad femenina negra y esta ginocentricidad negra han permanecido a menudo ocultas o indocumentadas salvo en nuestras vidas individuales, como negras a través de nuestros propios recuerdos de nuestra tradición particular femenina negra (63).

Otra cara de la mentira es la insinuación tan frecuente de que las mujeres recurren a otras mujeres debido a su odio hacia los hombres. El escepticismo, la cautela y la paranoia moralizante hacia los hombres bien pueden formar parte de la reacción de cualquier mujer sana hacia la incrustada misoginia de una cultura dominada por hombres, hacia las formas asumidas por

---

(63) Lorraine Bethel, «This Infinity of Conscious Pain» (véase la nota sin numerar anterior).

la sexualidad masculina «normal», y hacia la actitud de no percibir *o encontrar todo esto como algo preocupante por parte, incluso, de hombres «sensibles» o «politizados»*. Sin embargo, la misoginia se encuentra tan incrustada en la cultura, parece tan «normal», y se encuentra en un estado de abandono tan profundo como fenómeno social, que muchas mujeres, incluso feministas y lesbianas ni siquiera llegan a identificarla hasta el momento en que esta misoginia adopta en sus vidas alguna forma inequívoca y permanentemente devastadora. La existencia lesbiana también se representa como mero lugar de refugio contra los abusos masculinos, en vez de como carga energética y reforzadora de capacidad entre las mujeres. Me parece interesante que uno de los más frecuentes citados pasajes literarios sobre relaciones lesbianas sea el de *La Vagabunda* de Colette en el que Renée describe «la imagen enternecedora y melancólica de criaturas débiles que quizás han encontrado refugio entre sus brazos, destinadas a dormir y a llorar en ellos, a salvo de los hombres que a menudo son crueles, y a probar, *mejor que cualquier placer, la amarga felicidad de sentirse parecidas, frágiles u olvidadas*» [el énfasis —la bastardilla— son míos] (64). Colette es considerada a menudo como una escritora lesbiana; su popularidad, pienso, tiene mucho que ver con el hecho de que escribe sobre la existencia lesbiana como si estuviese escribiendo para un público masculino; sus primeras novelas «lesbianas», la serie de Claudine, fueron escritas bajo la obligación de su marido y publicada con la firma de ambos. En cualquier caso, exceptuando los escritos sobre su madre, Colette es una fuente sobre la existencia lesbiana mucho menos fiable que, pienso yo, Charlotte Brontë, quien entendió que a la par que las mujeres pueden, y de hecho tienen, que ser aliadas, mentoras y confortadoras entre ellas, subsiste un placer en pasar tiempo juntas y una atracción entre ellas hacia sus mentes y caracteres superfluos a lo que supone la estricta supervivencia y procedentes de un reconocimiento de cada uno de los puntos fuertes de las otras.

Asímismo, podemos decir que hay un contenido político feminista *naciente* en el acto de elegir a una amante o a una compañera vital frente a la heterosexualidad institucionalizada (65). Pero, para que la existencia lesbiana realice esta tarea política de una forma finalmente liberadora, la elección erótica tiene que profundizarse y ampliarse en una ginocentricidad consciente —en feminismo/lesbianismo.

El trabajo que queda por delante, la tarea de excavar y descubrir lo que yo denomino aquí «existencia lesbiana» es potencialmente liberadora para todas las mujeres. Es un trabajo que seguramente tiene que ir más allá de los límites de los estudios de mujeres occidentales de raza blanca y de clase media para examinar las vidas, el trabajo y las agrupaciones de mujeres en

---

(64) Dinnerstein, la última escritora que ha citado este pasaje, añade animosamente: «pero lo que tiene que añadirse a su descripción es que “estas mujeres abrazadas” se protegen entre ellas no sólo de lo que los hombres quieren hacerles sino también de lo que quieren hacerse a ellas mismas respectivamente». (Dinnerstein, p. 103). El hecho es, de cualquier forma, que la violencia entre mujeres es una mota de polvo en el universo de la violencia masculina contra las mujeres, perpetrada y racionalizada en cada institución social.

(65) Conversaciones con Blanche E. Cook, New York City, marzo de 1979.

cada estructura racial, étnica y política. Hay diferencias, además, entre la «existencia lesbiana» y el «continuum lesbiano» —diferencias que podemos distinguir incluso en el desarrollo de nuestras propias vidas. El continuum lesbiano, mantengo, necesita ser delineado en vista de la «doble vida» de las mujeres, no sólo de aquellas que se autodenominan heterosexuales, sino también, de las que se autodenominan lesbianas. Necesitamos de una descripción mucho más exhaustiva de las formas que la doble vida ha asumido. Hace falta que los historiadores se pregunten en cada momento cómo la heterosexualidad como institución ha sido organizada y mantenida a través de la escala de jornales femeninos, a través de la imposición del «ocio» a las mujeres de clase media, de poner de moda la llamada liberación sexual, de escatimar a las mujeres la educación, de las imágenes del «arte oficial» y la cultura popular, de la mitificación de la esfera «personal», y de muchas otras cosas. Necesitamos una visión de economía que abarque la institución de la heterosexualidad, incluyendo la doble jornada y la división sexual del trabajo como la más idealizada de todas las relaciones económicas.

Inevitablemente surgirá la pregunta: ¿Tenemos, entonces, que condenar todas las relaciones heterosexuales, incluidas las menos opresivas? Creo que esta pregunta, sincera muchas veces, es una falsa pregunta aquí. Hemos estado perdidas en un laberinto de falsas dicotomías que nos ha impedido captar la institución en su conjunto: matrimonios «buenos» versus matrimonios «malos»; «matrimonio por amor» versus «matrimonio concertado»; sexo «liberado» versus prostitución; coito heterosexual versus violación; Liebeschmerz (mal de amores) versus humillación y dependencia. Existen, por supuesto, diferencias cualitativas en la institución respecto a la experiencia personal, pero la ausencia de elección, sigue siendo la gran realidad no reconocida y, en ausencia de tal elección, las mujeres seguirán a merced de la casualidad o de la suerte de relaciones concretas o individuales y no tendrán el poder colectivo para determinar el significado y el lugar de la sexualidad en sus vidas. Además, al dirigirnos a la institución en sí misma, empezamos a percibir una historia de resistencia femenina que nunca se ha comprendido a sí misma plenamente por haber sido tan fragmentada, maldenominada y borrada. Requerirá una captación valiente de la política y de la economía así como de la propaganda cultural de la heterosexualidad para llevarnos más allá de casos individuales o situaciones colectivas diversificadas a la compleja clase de estudios globales necesarios para deshacer el poder, que los hombres manejan en todas partes por encima de las mujeres, poder que ha llegado a ser modelo para todas las otras formas de explotación y control ilegítimo.

Montague, Mass.

## NOTAS ACLARATORIAS DE LA TRADUCCION

**Androcentricidad:** Hemos decidido incluir este término por considerar que es el que más se ajusta al término inglés empleado por la autora («male indentification»). Viene a significar concretamente: la identificación con los intereses de los hombres como género.

**Cliterectomía.** Extirpación del clítoris.

**Conducta de «fiera».** «Haggard Behavior», término utilizado por la autora norteamericana Mary Daly. Andrienne Rich ha elegido esta vez un término empleado por Daly en su libro *Gyn/Ecology*, libro en el que se recogen palabras que en el lenguaje contemporáneo tienen un sentido negativo utilizándolas para definir actitudes feministas, a través de juegos de palabras para, de este modo, recobrar el sentido original.

**«Conejitas».** Las famosas «Bunnies» de Play Boy. Mujeres que, escasamente vestidas, sirven de animación en las fiestas de hombres.

**Depresión.** La gran depresión de los años treinta, que empieza con la caída repentina de la bolsa de Nueva York en 1929.

**Doblepensar.** Término creado por George Orwell, en su libro *1984*. Adiestramiento introyectado de tal forma que nos impide llegar hasta el final de ciertos razonamientos, a pesar de la autocrítica, del análisis ideológico, etc., formándose contradicciones lógicas que pasan inadvertidas.

**Escritura en la pared.** «Writing on the Wall», expresión que significa premonición o presagio.

**Ginocentricidad.** «Female identification». En este contexto, identificación con los intereses de las mujeres como género.

**Heterocéntrico.** Centrado o enfocado hacia la heterosexualidad.

**Histerectomía:** Extirpación del útero.

**Infibulación.** Práctica consistente en coser los labios de los genitales femeninos, dejando de este modo cerrada la vagina por completo.

**Kisaeng.** El turismo Kisaeng es un tipo de viajes organizados en Corea del Sur básicamente para hombres de negocios, en los que, además del vuelo charter y el hotel, queda incluido el servicio de prostitutas; y por extensión, las prostitutas implicadas en estos viajes.

**Lesbianas sexuales.** Mujeres que mantienen relaciones sexuales con otras mujeres sin más. No se supone necesariamente que tengan conciencia feminista, quedando excluidas las mujeres que se sienten atraídas por otras mujeres sin mantener relaciones sexuales, y aquellas que se declaran lesbianas públicamente por razones políticas sin mantener tales relaciones.

**Misandra.** De misandría. Hemos inventado este término de raíces griegas para traducir «Woman Hating», odio al hombre.

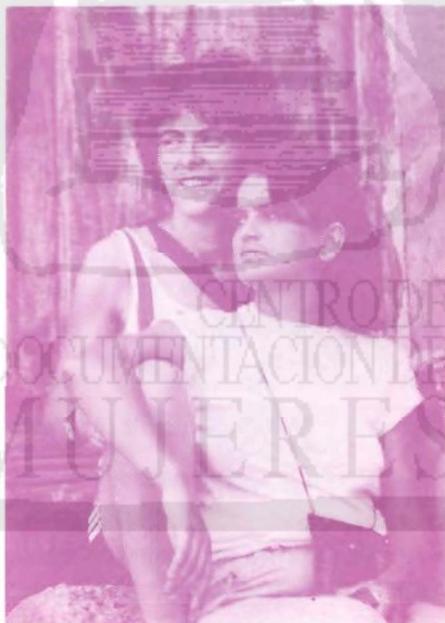
**Obstetras masculinos.** Médicos varones especializados en obstetricia, ciencia dedicada al tratamiento del embarazo, parto y puerperio.

**Obstetricia.** Rama de la medicina que trata de las funciones femeninas relacionadas con el embarazo, el parto y el puerperio.

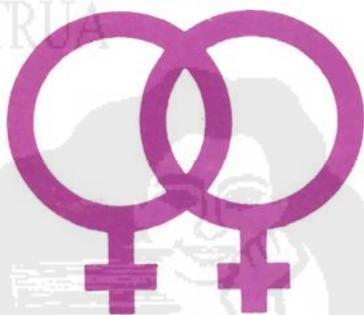
**Purdah.** Práctica india de mantener a las mujeres completamente cubiertas de cuerpo y cara y encerradas en casa segregadas de los hombres.

**Speakeasy.** Establecimiento que servía alcohol ilegalmente en Estados Unidos durante el período de la prohibición o «Ley seca».

**Suttee.** Práctica india de inmolarse a las viudas con el cadáver de sus maridos.



EMAKUMEEN  
DOKUMENTAZIO  
ZENTRUA



**COLECTIVO DE FEMINISTAS LESBIANAS  
DE MADRID**

CENTRO DE  
DOCUMENTACION DE  
MUJERES

Asamblea de Mujeres de Bizkaia

**Apartado de Correos 16108  
28080 MADRID**

Imprime: Gra. Maluar, Sdad. Coop. Ltda.  
Depósito Legal: M. 36854-1984